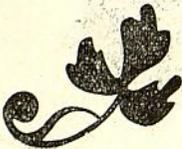


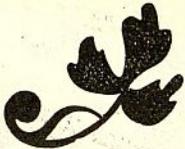


—¿Estás triste, Enrique?... ¿Se ha opuesto mi padre a nuestras relaciones?

—Al contrario, querida mía. Me ha dicho: Si mi hija le quiere, no puedo ir en contra. Pero ha añadido: ¡Pronto se convencerá usted de ello, amigo mío!...



LIDA



Crema recons- tituyente

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

Bases para el concurso de febrero.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:
1.º Un billete de lotería para el primer sorteo del próximo mayo.

2.º Medio billete de lotería para el mismo sorteo que el anterior.

3.º Tres décimos para el mismo sorteo que los anteriores.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirnos reunidas antes del día 8 de marzo, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro

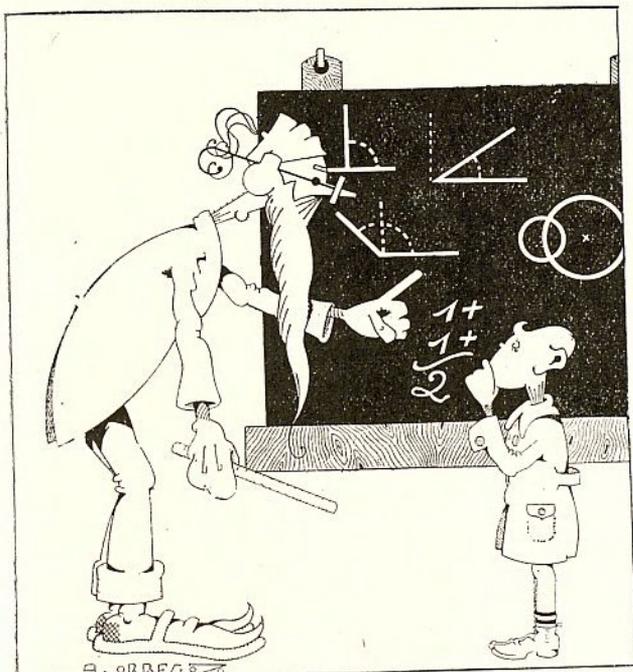
apartado número 12.142. En el sobre debe ponerse: Para el Concurso de pasatiempos.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de febrero insertos en esta página. A los suscriptores de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En uno de los primeros números de marzo se publicarán

las soluciones y los nombres de los concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.



Dib. ORBEGOZO. — Madrid.

- ¿Qué es un reptil?
- Un animal que se arrastra por el suelo.
- Póngame usted un ejemplo.
- Mi hermanito el más pequeño...

1. — Bandido.

ARTÍCULO
6650500

CUPÓN

correspondiente al número 114
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

2. — De Candelario.

— No te escondas en el *prima-tres*, que ya veo lo que comes.

— Un *prima-prima* de girasol. ¡Vaya una cosal

— ¡Pero arréglate ese *dos-tercia*, mujer, que parece una greñal

— Lo que tienes que hacer es darme un poco de ese *todo* que llevas en la fiamblera.

3. — Población que tiene obispo.

ASTRO
CAMPANADA
A

4. — ¿Qué es comprar francos altos y venderlos bajos?

PULMONÍA
ESTÚ GO PIDO

5. — Fué un gran orador sagrado.

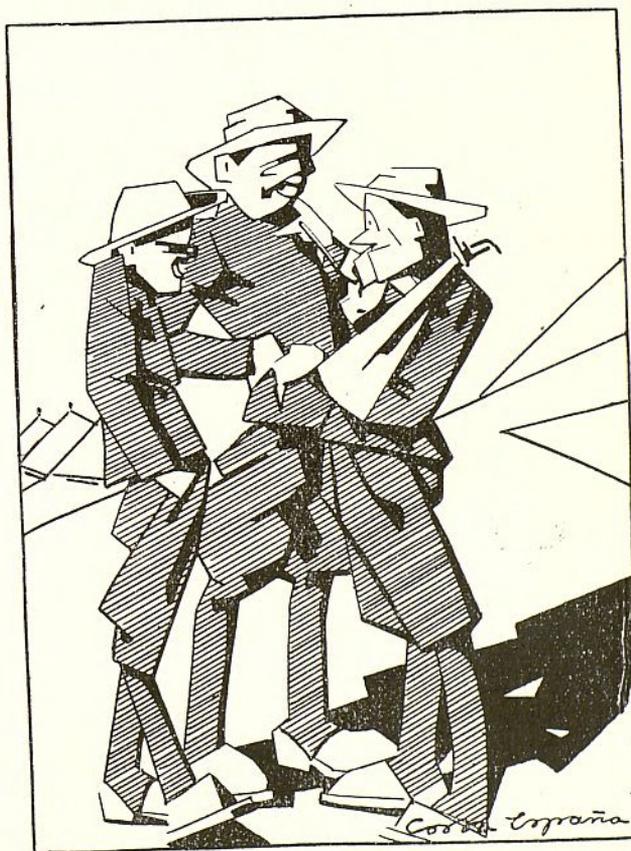
M **R**
EN EL MAR

Cupón núm. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de febrero.

6. — Molusco especial.

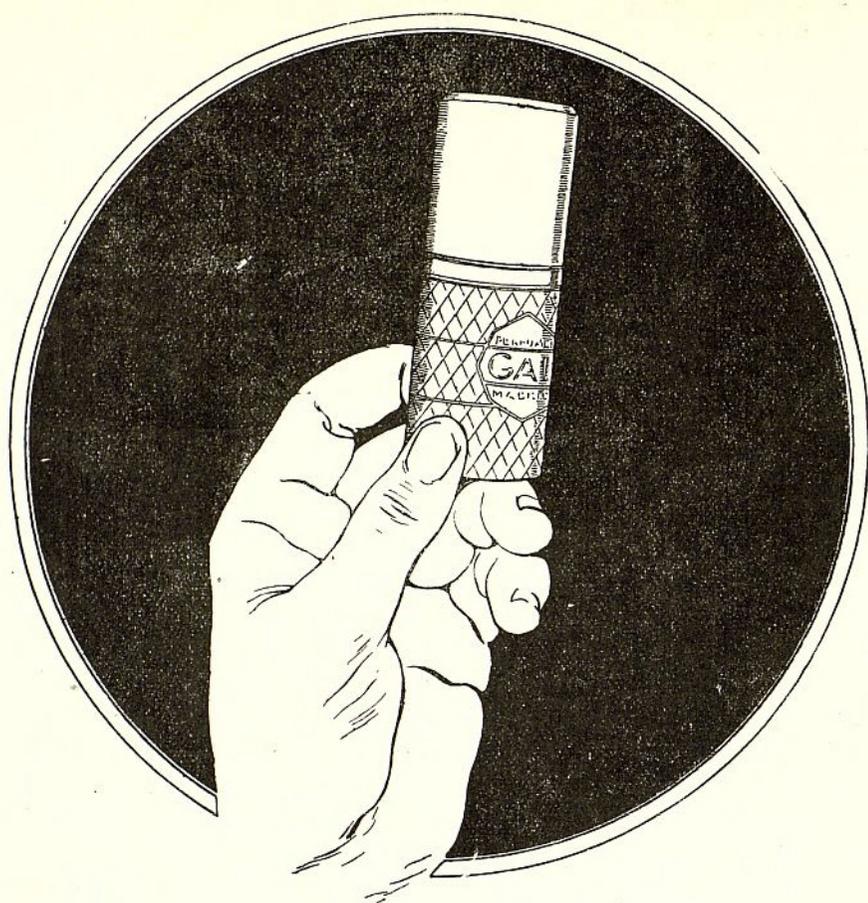
TUBO DE TRASIEGO
AMANTE DE VENUS SIN NIS



Dib. CORREA. — Carcagente.

VIDA DE CAMPAÑA

- Y qué, ¿cómo vais en el nuevo blocao?
- Vamos... tirando...



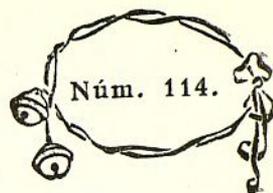
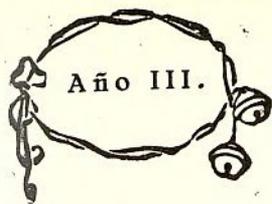
Jabónese bien y se afeitará bien.

EL JABÓN GAL para la barba

forma en el acto espuma abundantísima que no se seca en la cara. Suaviza la piel y ablanda en un minuto la barba más dura, facilitando el paso suave de la hoja.

Por ser neutro no irrita la epidermis.

BARRA 1.50 EN TODA ESPAÑA



EL PIROPO, LA BLASFEMIA, LA MENDICIDAD Y OTRAS COSAS QUE SE PROHIBEN



Un alcalde de Madrid, muy poco original, se ha propuesto moralizarnos. Y, al efecto, ha comenzado a prohibirnos cosas. Nos prohíbe que echemos piropos a las mujeres (bien); que digamos palabras feas (muy bien), y que salgamos a la calle pidiendo «una perrita chica por el amor de Dios» (archibién)...

Esto merecería nuestro aplauso incondicional, si no fuera porque (¡oh ingenuo señor alcalde!) todo lo que usted nos prohíbe estaba ya prohibido.

Desde los venerables tiempos de Mari Castaña vienen las autoridades españolas prohibiéndonos que hagamos esto..., que hagamos lo otro... Son tantas las cosas que se prohíben en España desde que existe el verbo prohibir, que bien podemos asegurar que, entre nosotros, todo lo malo está ya prohibido. Y algo de lo bueno, también.

Por eso el pobrecito verbo ha caído en descrédito. Se ha abusado de él. En la actualidad, la frasecita «Se prohíbe...», es como la magnesia calcinada: no hace efecto ninguno, digan lo que quieran los boticarios.

Entérese el lector, si es curioso.

Sube un caballero a un tranvía, consigue asiento (extraña cosa) y adopta cara de abulia; pero de pronto lee el hombre «Se prohíbe fumar», y, como movido por un resorte, saca su pitillo y lo enciende. Queda satisfecho. Ha cumplido con su deber de español hollando las ordenanzas.

Terminado el cigarro, nuestro caballero pasa a la plataforma delantera, frunce el ceño y se hunde en sus correspondientes meditaciones... Pero se posan sus ojos en un cartelito que dice «Se prohíbe hablar con el conductor», y, sin perder minuto, comienza a

interrogar al mismo. Responde éste con cierta amabilidad, y ello da lugar a un diálogo sin transcendencia; un diálogo que no tiene más objeto que éste: el de pisar bonitamente la orden de la autoridad.

Se apea del tranvía nuestro amigo (ya es amigo nuestro), y como no es hombre atareado ni de buenas lecturas, se detiene a leer un papelote que está pegado en una valla. Es un bando del señor alcalde, que empieza diciendo: «Yo, el excelentísimo e ilustrísimo señor don Fulano... (una docena de apellidos), hago saber: (dos puntos).»

¡Cómo estará de aburrido nuestro

amigo, que decide enterarse de todo lo que hace saber el alcalde! El cual, en una prosa municipal barnizada de elocuencia burocrática, dice que se prohíbe terminantemente el piropo, y que el ciudadano que se permita florear a una mujer en la vía pública, será multado con cincuenta pesetas.

— Admirable — piensa el caballero —. Este alcalde es un tío con toda la barba. Prohíbe el piropo. ¡Bien hecho! A ver si, al fin, se extirpa de España esa vergüenza que nos impide codearnos con Europa. Hay que ultracivilizarse. Aplaudo a ese alcalde.

Pero, antes de iniciar el aplauso, nuestro amigo ve venir a una joven no mal parecida. Contiene el aplauso, se ladea el sombrero, entorna los ojillos pícaros... ¡Vamos, hombre! Aunque se prohíba el piropo de Real orden, yo, yo, que soy español hasta la medula, ¿voy a dejar pasar a una chiquilla tan jacarandosa y tan cimbreante sin decirle siquiera que transmita a su mamá mi felicitación entusiasta? ¡Imposible! Eso no sería castizo. Lo que manda el Cid es soltarle un piropo de órdago, y si el piropo se prohíbe, mejor. Todavía más castizo.

Nuestro caballero junta sus labios a los oídos de la niña, y algo le dice. Nosotros no lo oímos. Pero un guardia, que está allí, como si lo viéramos, para hacer cumplir los mandatos del alcalde, oye el piropo, sonríe, y se apresura a decirle al piropista:

— ¡Ole! Y que lo diga usted. ¡Esa niña es más rica que una cena de Nochebuena!

Agradecido al comentario de la autoridad competente, el amigo continúa su camino. De repente, se para. Ocurresele (esto no se puede evitar) hacer una pequeña necesidad fisiológica. Bueno; pero ¿dónde hacerla? Pues aquí; aquí, en esta esquina, debajo de este letrero que reza: «Se prohíbe»



Dib. SILENO. — Madrid.

hacer aguas menores...» Es el sitio más indicado, naturalmente; y las aguas quedan hechas...

Al pasar por el flamante Ministerio de la Guerra, un nuevo cartelito (juno más!) hiere la vista del simpático atropellador de ordenanzas: «Se prohíbe la mendicidad.» Y, en efecto, para demostrar que es obedecida la orden, en aquel mismo sitio, un cojo, dos ciegos, tres mancos, un violinista, y una viuda con siete niños de pecho, imploran la caridad de este pueblo caritativo.

Nuestro amigo se indigna.

— ¡Qué país éste! — grita —. ¡No tenemos enmienda! ¿De manera, que se

prohíbe la mendicidad, y andan los mendigos sueltos? ¡Ya os haría yo cumplir las ordenanzas, haraganes!

— Una limosnita, por amor de Dios... — gime un mendigo.

— Un centimito, por la salud de su mamá política... — exclama otro.

— ¡Gorritos! ¿Habrás descaro? ¡Cualquier día os voy a dar yo una limosna! ¡Antes, rifeño!

— Usted dará limosnas — sentencia el cojo, filósofo — el día que el alcalde ponga un cartel que diga: «Se prohíbe dar limosnas.»

Esta frase subleva a nuestro caballero, y, como precisamente acaba de leer

en otro cartelito «Se prohíbe la blasfemia», se pone a blasfemar como un perfecto golfo.

Más tarde llega nuestro amigo a una oficina. Entra en el despacho del director, y allí pide, pide de una manera humilde, primero, que le den un empleo de cualquier cosa, con cualquier sueldo, porque la necesidad ya empieza a atosigarle; después, otro destino para un hermano suyo, y una recomendación para un sobrino. El hombre ruega, expone su situación lastimosa, gimotea, casi llora. Ganas dan de decirle, al verle tan suplicante: «Caballero, que se prohíbe la mendicidad...»

En fin, nuestro amigo llega a su casa. En la escalera encuentra a sus varios hijos alborotando. Esto no place a nuestro amigo.

— Idos a la calle — ordena — a jugar a la pelota.

— Pero, papá — opone uno de los chiquillos —, si en la calle no nos dejan...

— ¿Cómo que no? ¿No hay enfrente un solar donde dice «Se prohíbe jugar a la pelota?...» ¡Pues ahí!

Un poco cansado, el caballero se sienta en el comedor de su honorable hogar.

La esposa acude solícita.

— Parece que vienes rendido. ¿Has trabajado mucho?

— Mucho — contesta el esposo suspirando —. Ha sido una tarde laboriosa.

— ¿Sí?... — exclama sorprendida —. ¿Qué has hecho?

— ¡Una enormidad de cosas! ¡Figúrate que he hecho todo, absolutamente todo, lo que prohíbe el alcalde!...

❖❖❖

Se equivoca el señor alcalde de Madrid. Como se equivocan todos los que en España prohíben algo. No es por ahí, señores...

Ya se ha comprobado que el español es el ser que hace todo aquello que se le prohíbe. (Nueva definición del español, que brindo a los sociólogos.)

A mí se me ocurre (yo algunas veces tengo felices ocurrencias) que la cosa se podría arreglar fácilmente. Nada se pierde con probar.

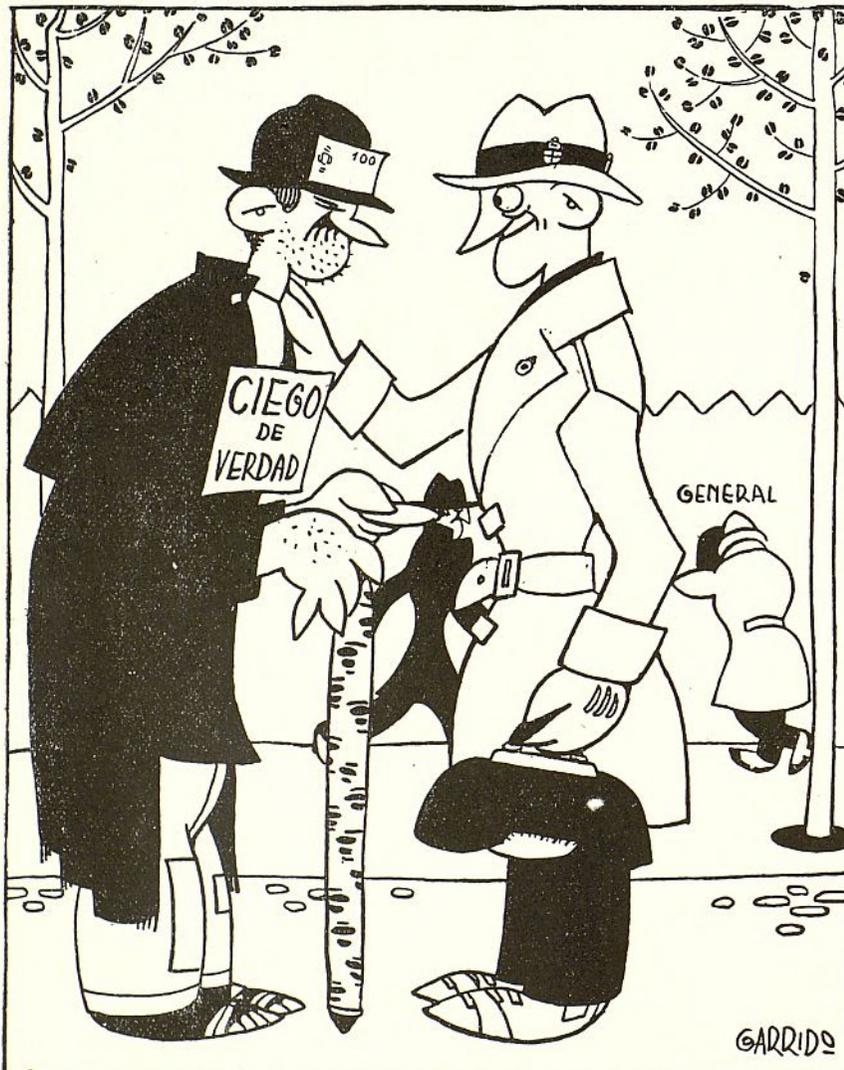
Quítense todos los inútiles cartelitos que empiezan: «Se prohíbe...» Sustitúyanse con otros que principien: «Se permite...»

Es un simple cambio de palabras. Todo consiste en permitir lo que se prohíbe.

«Se permite la mendicidad...» «Se permite fijar carteles...» «Se permite la blasfemia...», por gruesa que sea... «Se permite hacer aguas menores... y mayores...», etc.

Los españoles nos regeneraríamos. Apuesto media cabeza...

BERNARDINO DE PANTORBA



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— Es usted pobre por su gusto, hermano. ¿Por qué no se mete a árbitro de fútbol?...



Dib. MATEOS. — Valencia.

— ¡A ver si hay alguien en el pueblo que, cuando vea mi retrato, diga que no sé leer!...

¡VIVA EL PADRINO!

El señor Ambrosio hacía ocho días que había pasado de la categoría de padre a la inmediata superior de abuelo, por virtud y gracia de su hija Manuela, que le había obsequiado con un *chavea* que era una bendición.

La carpintería del señor Ambrosio, que generalmente se hallaba concurridísima, se encontraba en estos momentos rebosante, pues iba a celebrarse el bautizo del nene, y el abuelo, en unión del señor Atila, padrino del neófito, había echado la casa por la ventana.

— ¿Cómo va a llamarse el chiclán, señor Ambrosio? — pregunta un industrial vecino, amigo e invitado.

— Pues a estas horas entavía no hemos quedao en na concreto; pero lo que sí puedo asegurar es que no se llamará Atila, como su padrino, porque me paece mucho nombre pa un recién nacido.

— Que se llame como el padre — dice otro.

— Eso habíamos pensao; pero no puede ser, porque la Manuela no quiere decirnos el nombre del charrán que le ha jugao esta mala pasá.

— Sí que es charrán; porque ahora resulta que la creatura no tie padre.

— ¡Alto ahí! — dice el señor Ambrosio todo indignado —. La creatura tie padre, no faltaba más; ahora que no sabemos ande para.

El anterior diálogo es interrumpido por el señor Atila, que al entrar dice:

— Ya está to ultimao; vengo de la parroquia, y el cura que le bautiza es un barbián. A las seis le echarán el agua; por cierto que tenemos que llevarla del bar de ahí al lao, que han quedao en filtrármela. A mi ahijao no le echan el Lozoya conforme sale del grifo, que hace dos días que viene que paece tupí.

El padrino es felicitado por su medida higiénica, y luego continúa:

— Lo del nombre ya está zanjado; paso porque el chico no se llame Atila; pero tie que llamarse Ataúlfo o Jenaro, aunque yo sus consejo el Jenaro, que se lleva más.

Todos optan por Jenaro, y algunos desfilan hacia el interior a comunicar este acuerdo a la mamá de Jenarito.

— ¿Qué sus parece que hagamos tan y mientras que dan las seis?

— Echaremos un mus.

El movimiento se demuestra andando; y, como movi-

dos por un resorte, apartan el banco donde trabaja el señor Ambrosio, y en su lugar colocan un gran cajón, que les sirve de mesa; no ha pasado un minuto, cuando ya están engolfados en el juego.

— Paso a grande.

— Y yo.

— Yo tengo que tocar.

— A mí, no me dicen.

— La chica, va bien.

— Vaya con Dios.

Y como es un equipo de mus formidable, se enfrasan de tal modo, que el tiempo corre, sin que nadie se dé cuenta, y la hora del bautizo pasa.

Como la parroquia está frente por frente a la carpintería, y el padre Daniel, que así se llama el santo varón que ha de bautizar al nieto del señor Ambrosio, se impacienta por la tardanza, decide salir en busca del cortejo, y como es confertulio y asiduo a la carpintería, cruza él mismo. Al entrar, se encuentran los jugadores en plena discusión, y no ven al padre.

— ¡No juegas un pimiento!
— ¡No has debido quererle!
— ¡Al mano se le respeta más que a un padre!

— ¡Eres un chancleta!

— Calma, señores, calma — dice el cura —. Parece mentira que el juego haga olvidar ciertos deberes. ¡Y qué juego!... ¡El mus!... No se concibe. Comprendo que los ánimos se exciten por una jugada de tresillo. ¡Ah, señores, el tresillo ya es otra cosal!...

— Es el rey de los juegos — dice uno.

— Y el padre Daniel es el rey de los tresillistas — dice otro.

Y el señor Atila, que al tresillo presume un rato largo, dice:

— ¡Ya será algo menos!

— ¿Menos? — replica el cura cogiendo la baraja —. Me dejo crecer la coronilla, si antes de las ocho no le he dado a usted diez codillos seguidos.

— ¡Daban!...

Y lo mismo que pasó con el mus, sucede ahora con el tresillo.

La partida empieza.

— Al tresillo no he perdido yo dos sesiones seguidas — dice con aire de triunfo el padre Daniel.

— ¡Eso es una bolal! — exclama un mirón colocado tras él.

— Yo no miento nunca — dice molesto el padre.

— Me refiero al juego que lleva.

Explicado el retruécano, sigue el juego, y como la partida es reñida, la expectación va en aumento.

Al principio la Fortuna está de parte de la Iglesia, y el padre Daniel se hincha de ganar, cosa que al señor Atila pone de un humor de dos mil diablos; pero como no hay bien ni mal que cien años dure, la suerte cambia, y el señor Atila es mimado por ella.

— ¡Es usted un zumbón!

— ¡Al saber le llaman suerte!

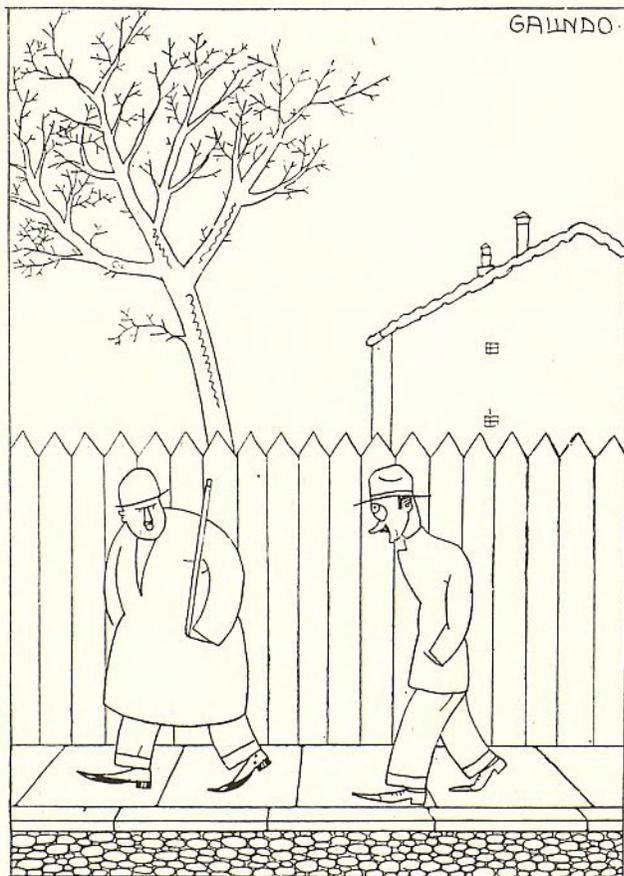
— ¡Usted qué ha de saber, hombre! ¡A esto es usted un zoquetel!

A este adjetivo contesta el padrino con otro, que no nos atrevemos a poner aquí.

La discusión aumenta. Los mirones toman parte en ella, y como en la reunión hay algún que otro ácrata, la toman con el padre. A su defensa salen otros, y aquello parece una Cruzada.

El padre Daniel se niega a bautizar al chico si no le traen otro padrino, y el señor Atila jura y perjura que al chico no le echarán el agua, aunque sea filtrada, mientras en la parroquia esté el padre Daniel.

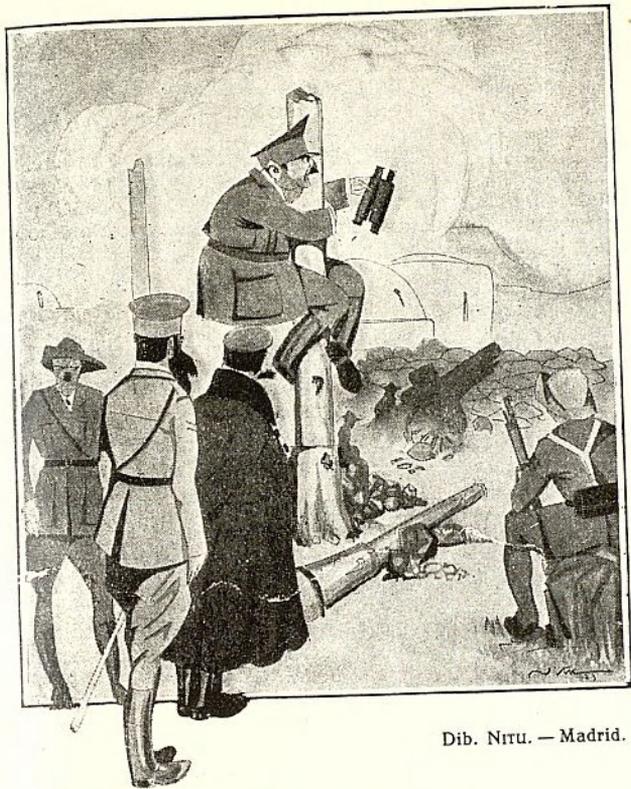
Luis CANDELA



Dib. GALINDO. — Madrid.

— ¡Caballero! ¡Tengo hambre!

— Pues coma, hombre. No sea usted tonto...



Dib. Nrru. — Madrid.

EL GENERAL. — *¿Qué opina usted?*
 EL OBSERVADOR. — *¡Mi general, yo creo que, sin una columna, es imposible sostener por más tiempo esta posición!*



Dib. BLUFF. — Madrid.

— *¿Le produce mucho la pintura?*
 — *¡Andal... Ya tengo hasta un auto..*
 — *¿Es posible?*
 — *Sí; mi retrato, hecho por mi mismo.*

¡QUE APROVECHE!...

— Diga usted en su casa — me advierte Pura — que no hagan menoscabo de la basura; porque en los desdichados actuales tiempos, en que todo son luchas y contratiempos, si el traperero funciona, ya no es corriente que saque la basura gratuitamente, pues como consecuencia de haber subido el valor de las cosas, don Juan querido, no hay en casa papeles, raspas, pellejos, cáscaras, mondaduras ni trapos viejos, que hoy, a un precio vendidos extraordinario, no valgan muchos duros al propietario. Una vez que los restos estén reunidos, y a menudas cenizas bien reducidos, mediante unas especies de quemadores, que al quemar las basuras hacen primores, se obtiene un elemento que es conveniente para abonar los campos perfectamente.

Y es verdad. En el patio deben quemarse, aunque el olor que esparzan al churruscarse no sea el de las rosas o los jazmines que hay en las plantaciones de los jardines. Podrán muchas señoras darse gran tono con abono diario, ¡pero qué abono!, y las cenizas de esos restos *mortales* pueden ser la riqueza de los trigales.

Según todo en el mundo se va poniendo, y según los *residuos* hoy van valiendo, veremos unas cosas muy peregrinas: cáscaras de melones en las vitrinas; en un marco, entre flores y candeleros, la suela de un zapato con agujeros; colgando de cadenas de oro y de plata, las ricas mondaduras de la patata, y entre las piedras finas de un relicario, la tripa de un chorizo de Candelario. ¡Oh, lector! ¡Quién pudiera tener hoy muchos cascarrones, pingajos y papeluchos, ya que los labradores dicen a coro que el que tiene basura tiene un tesoro!...

(Dirán muchas personas, lectoras mías, que es la basura indigna de poesías; pero yo las contesto que es evidente; mas la gracia está en eso, precisamente, porque poner en verso cosas de amores o de ensueños, princesas, lagos y flores, es lo que salió siempre de las chavetas, más o menos vacías, de los poetas.)

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

NUESTROS AUTORES

(INTENTO DE REMEDO)

(Los Quintero.)

CURRO. — Güenas tardes.
 ROSA. — Güenas.
 CURRO. — ¿Está Coralito?
 ROSA. — No.
 CURRO. — ¡José!
 UN VENDEDOR. — ¡Dalias, jazminez, lilas!...
 CURRO. — ¿Y por qué no está Coralito?
 ROSA. — Porque no está.
 CURRO. — ¡José!
 UN VENDEDOR. — ¡Lilas, lilas!...

(Benavente.)

DICHOS, y la MARQUESA.

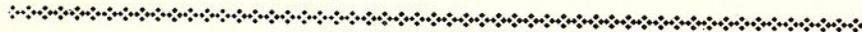
ACACIA. — Era fatal.
 MARQUESA. — Nunca digas fatal. De haber Providencia, su mano sería responsable, hija, de escribir a oscuras. Es que, de todas las preocupaciones de

nuestra vida, no puede acaso llevar cuenta la Vida, que sigue su curso, que carga en su fardo nuestras pesadumbres, nuestras satisfacciones. Y piensa que la Vida, de hacerse cargo de todas las pequeñeces de nuestra vida, se detendría a cada momento, y la Vida es así: despreocupación necesaria de todas las preocupaciones de nuestra vida...

(Linares Rivas.)

DOÑA ALCÁNTARA MONTEMAYOR DEL PUERTO y su hijo DON GERARDO.

DOÑA ALCÁNTARA. — ¿Dudas de ella, acaso?
 DON GERARDO (grave). — Dudar es poco: afirmo.
 DOÑA ALCÁNTARA. — ¿Pruebas...?
 DON GERARDO (solemne). — En su conciencia las tiene.
 DOÑA ALCÁNTARA. — ¿Tú la amas?



Dib. ORTEGA. — Madrid.

— Si quieres que sigamos las relaciones, tienes que hablar con mi madre...

BUEN HUMOR

DON GERARDO. — Pregunta a mi corazón.

DOÑA ALCÁNTARA. — ¿Responderá?

DON GERARDO. — No lo sé.

DOÑA ALCÁNTARA. — Que hable por él tu cerebro.

DON GERARDO. — No puede, madre. Son tan grandes mis ideas, que al intentar salir, nunca pasan de mi boca. Quisiera decir tanto..., tanto..., que no digo nada...

(Arniches.)

(Se escucha dentro de una casa el rasguear de guitarras y la voz de un hombre que canta una copla.)

Voz. — Aquel que sus ojos pone en una mujer bonita, si no se queda sin ellos, al menos pierde la vista.

PACO (sale lívido, y, al oír la copla, se estremece). — ¡Qué razón tiene esa copla! ¡Todas son iguales! Ya me lo ha dicho esta mañana la señá Valeria, cuando me la encontré comprando un chupón pa su nene: «La que no cojea, anda a gatas.» Pero, ¡ah!, la Filomena no se rie de mí. ¡A ésa la matol!... ¡Ay, mi madre! Yo no sé lo que siento subir a mi garganta; no sé si son celos, coraje... o los pimientos del mediodía. (Transición.) ¡Qué infame! Darle mi cariño, mi amor, mi corazón..., ¿pa qué? Pa que ella lo desprecie y lo eche a los perros. Pero, ¡oh! (Saca una navaja y la acaricia.) Tú serás la justicia. Corramos en pos de la venganza, corramos, corramos...

(Muñoz Seca.)

PACA la Garbosa, y GARROTE, gañán.

GARROTE (entrando y limpiándose la nariz con el dorso de la mano). — Guas tardes.

PACA. — Guas.

GARROTE. — ¡Vengo con las der ver! ¡Ajum! He zabío por Zarvaora, la Gayina, que tú no andas mu bien. Y como sea cierto lo que la Gayina anda por ahí cacareando, te vi a da más gorpes que una codorní por la madrugá. ¡Ven p'acá!

PACA. — ¡Que te frian un cifón!

GARROTE. — ¡Paca..., ven p'acá!

PACA. — ¡Que no quiero!

GARROTE. — ¡Ajum, que empiezo a sospechá que me la pegas!

PACA. — ¡Que te vayas a freí pericos!

GARROTE. — ¡No me mandes a freí pericos, que te veo achicharrá! ¡Ajum! ¡Eres una adurta!

PACA. — ¡C'has dicho?

GARROTE. — ¡Ezo mismo!

PACA. — ¡Pues tomal! (Le pega una bofetada.)

GARROTE. — ¡Lo vé?... Ya zabía yo que tú me la pegabas. ¡Ajum!

El parodista,
 VICENTE SORIANO

PINTORES ESPAÑOLES



ANSELMO MIGUEL NIETO

Caricatura de SANCHA.

A pesar de su pinta, Anselmo Miguel pinta maravillosamente. Dígalo si no el éxito que han obtenido sus retratos en América, adonde volverá pronto el gran pintor para renovar sus laureles.

Ayuntamiento de Madrid

NOTICIAS EN POCAS LÍNEAS

En Inglaterra, y con motivo de la huelga ferroviaria, los trenes han llegado con retraso.

En España, y aun sin haber huelga, hay trenes que no han llegado todavía..., hasta el extremo de que se han perdido ya tres o cuatro, y no se sabe dónde están.

✻

Ayer se perdió una criaturita en la vía pública, y, recogida por los guardias,

manifestó llorando que estaba sola en el mundo, y que no tenía a nadie que le amparase.

¡No tiene más remedio que ser Osorio y Gallardo, que es la única persona viviente que se encuentra en esas condiciones!...

✻

El jueves pasado, y en el teatro Esclava, se comió un audaz atraco, del que fué víctima un opulento banquero. El

hecho ocurrió en las butacas, durante la representación de *Ideal Concert*.

El atracador se aprovechó de la soledad absoluta que había en el lugar del suceso, pues aparte de él y de la víctima, no se encontraba alma viviente en ochenta metros a la redonda.

Las afueras de Madrid y los sitios solitarios debían vigilarse más cuidadosamente.

✻

En Yvetot (Francia) no se ha muerto ninguna persona hace dos años, y entre sus habitantes se registran tres centenarios.

Pero el médico de la localidad, si siguen así las cosas, se morirá un día de éstos.

✻

El conocido artista *Don Edmond de Bries* ha pedido la mano de la bella señorita *Genoveva López*.

Pero ha sido para saludarla, nada más.

✻

En el entierro de Lenin no se admitieron coronas.

Pero tampoco se admitieron rublos ni marcos, y hasta estuvieron a punto de no admitirse francos.

✻

Ahora se ha sabido que, cuando Wilson inventó sus famosos e históricos catorce puntos, tuvo una frase genial al recibir en París la visita de Romanones. Y fué la siguiente:

— ¡Con este punto no contaba yo!

✻

La otra tarde pasó el Sr. Bergamín por delante de los espejos grotescos de la calle del Gato, y, distraídamente, se miró en uno de ellos.

Y observó con estupor que estaba mucho mejor en el espejo que al natural.

✻

En Teruel se ha descubierto que se fabricaban embutidos con carne de burro.

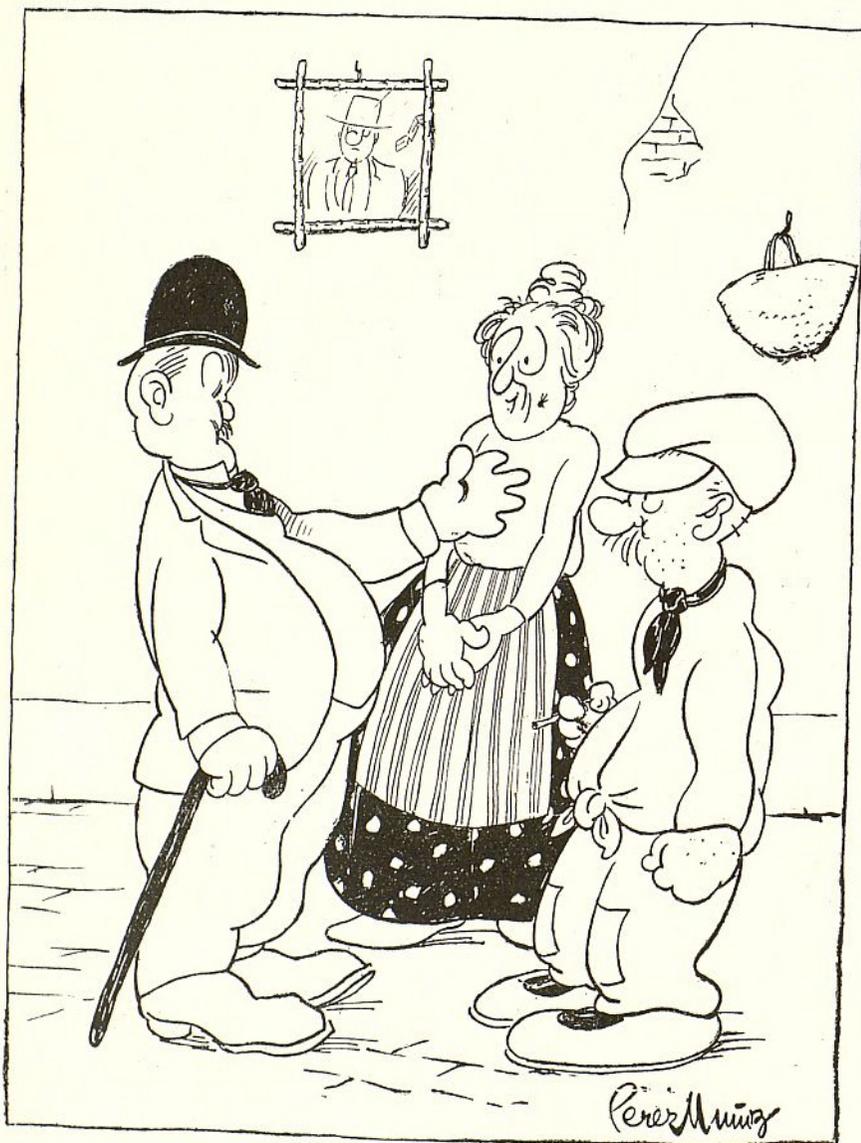
Parece ser que una longaniza empezó a rebuznar desafortunadamente a las cuatro de la mañana.

✻

El Sr. La Cierva se encuentra indispuesto, pero la dolencia no es de cuidado.

El que es de cuidado es él.

NÉSTOR O. LOPE



Dib. PÉREZ MUÑOZ. — Madrid.

— Sí, señora. Ya sé que su marido es un hombre honrado a carta cabal. ¡Cuántos hay que debieran mirarse en este espejo!

— ¡Ay!... ¡Si viera usted qué turbio viene este espejo algunos sábados!...

LAS COSAS DE LOS TEATROS

AIRES DE RENOVACIÓN

Sí. Aires de renovación. Pero no aires, así como así, ni nada de brisas nuevas: tempestades desencadenadas, vendavales, rayos y truenos...

El Teatro está mal, anda de cabeza. No hay autores, ni empresarios, ni cómicos. El templo de Talía se resquebraja, se hunde, se pulveriza. Tenemos que borrarlo todo, deshacerlo todo, y todo renovarlo, desde el paraíso hasta la concha, pasando por la escenografía, la interpretación y la manera de escribir las comedias. Lo que había no sirve ya, y ahora buscamos la fórmula que nos permita hacer el Teatro nuevo, digno, decoroso, artístico, moderno, profundo, filosófico, bueno, bonito y barato.

Y no hay manera de escribir *ahora* buscan, sino que por fuerza tenemos que decir *buscamos*, mal que nos pese confesarlo, y aunque dentro de nuestra conciencia quede un pensamiento completamente distinto; son tan violentos los embates del vendaval renovador, que si gentes como yo no nos apresuramos a seguir la corriente, pereceremos en la demanda, víctimas de nuestra indiferencia, y más bien de nuestra audacia.

No hay, pues, otro remedio que renovar el Teatro, a costa de lo que sea...

Pero ¿cómo se hace eso de la renovación?

El renovador que lo renovare, etcétera, etc.

Yo, particularmente, tengo una fórmula que, dada mi excesiva modestia, apenas me atrevo a iniciarla, temeroso de que la gente lo tome a mal y me cueste la arrogancia poco menos que un ojo de la cara; pero insisto en que la fórmula se puede probar, y hasta es posible que dé un resultado positivo.

¿Por qué no intentar hacerles caso a los renovadores?

Todos y cada uno de los que pretenden resolver el intrincado problema teatral de España, tienen sus ideas, y más principalmente, disponen de sus comedias. ¿A qué esperar? ¡Duro, y a estrenarlas!

Las obras se montan *siempre* a gusto de su autor; las comedias se representan siguiendo las indicaciones del mismo. El dramaturgo ensaya, prepara, alecciona, interviene, mangonea, y, en una palabra, es el *amo* del teatro en cuanto la producción escénica aparece en la tablilla y se ha hecho el reparto de papeles.

¿Disciplina?... El autor debe imponerla. ¿Orientaciones nuevas?... Se suponen en el dramaturgo. ¿Propaganda de Prensa, preparación del público, combatir

prejuicios arraigados?... Los críticos tienen columnas de periódico para hacer previas campañas de divulgación y de captación.

¿Qué es lo que nos falta?

Si nuestra timidez no fuese tan grande, nuestros temores no estuviesen tan acentuados, también podríamos explicar qué es lo que nos falta para que llegue a ser verdad tanta belleza teórica.

Faltan obras dignas, decorosas, artísticas, modernas, profundas, filosóficas, buenas, bonitas y baratas.

¡Faltan comedias! ¡Hacen mucha falta las comedias!

Y una vez logrado esto, no debemos echar en olvido el pequeño detalle de que al público le gusten o no esas obras dignas, decorosas, artísticas, etc.

Una vez, un padre de familia, de una conducta muy dudosa, afeaba y censuraba el modo de proceder de su hijo.

— ¿No te da vergüenza — decía — comportarte así? ¿No te da rubor hacer lo que haces? ¿No te avergüenzan tus procedimientos? ¿Qué has hecho del decoro? ¿Dónde tienes la vergüenza?

— Mire usted, padre: a mí me parece que vergüenza no tengo; pero me queda la duda de que, si algún día la encontrase, estando entre ustedes no iba a servirme para nada...

Hagamos un poquito o un mucho de renovación; pero que no sea todo condenar al silencio a Muñoz Seca, Arni-

ches, los Quintero, Paso, Abati, Paradás, Jiménez, Asenjo, Linares, Torres del Alamo y hasta Jacinto Benavente. Despacio, y buena letra.

Primero, una comedia representable, que no sea de Barrie ni de Pirandello, ni siquiera de Ibsen, ni de Björnson, ni de ningún francés, ni siquiera de un norteamericano: una obra *por derecho*, que guste, se aplauda, llene el teatro y deje huella...

Después, otra obra del mismo resultado. Más tarde, otra..., y así sucesivamente.

Pero con la condición de que agraden al público y no se den los casos repetidos de incompreensión de los auditorios. Hemos comprobado que las obras buenas se aceptan con regocijo, despiertan la general curiosidad y, al cabo, son un verdadero negocio; ¿no?

¡Pues eso!

Porque si se estrena, y la comedia sólo parece admirable al autor y a un reducidísimo número de amigos del autor, entonces no hemos logrado nada.

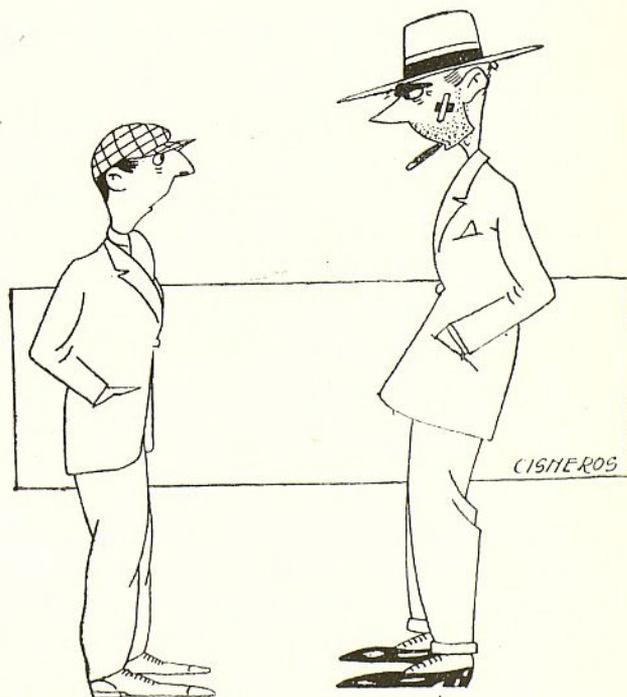
Todo lo que estrenan los antiguos, les parece bien a ellos y a sus familiares. Y a veces, también al público indocto, que llena un teatro cientos y cientos de noches.

Esta es la verdad.

¡Y ustedes me dispensen si he faltado!

José L. MAYRAL

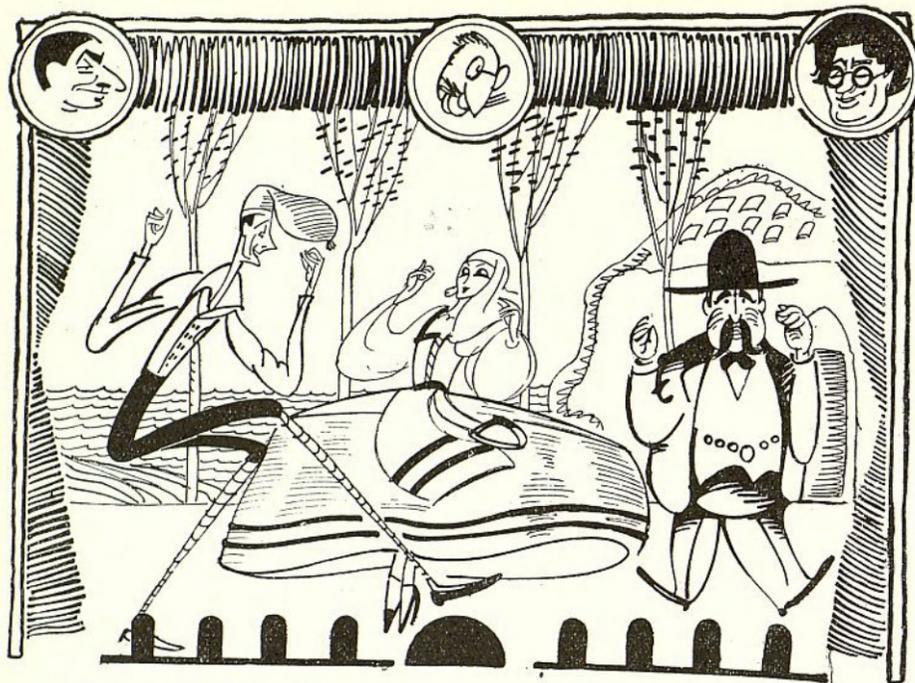
Dib. CISNEROS
Madrid.



TOREROS
DE INVIERNO

— Qué, ¿ya no picas?

— No. ¡Ahora amargol...



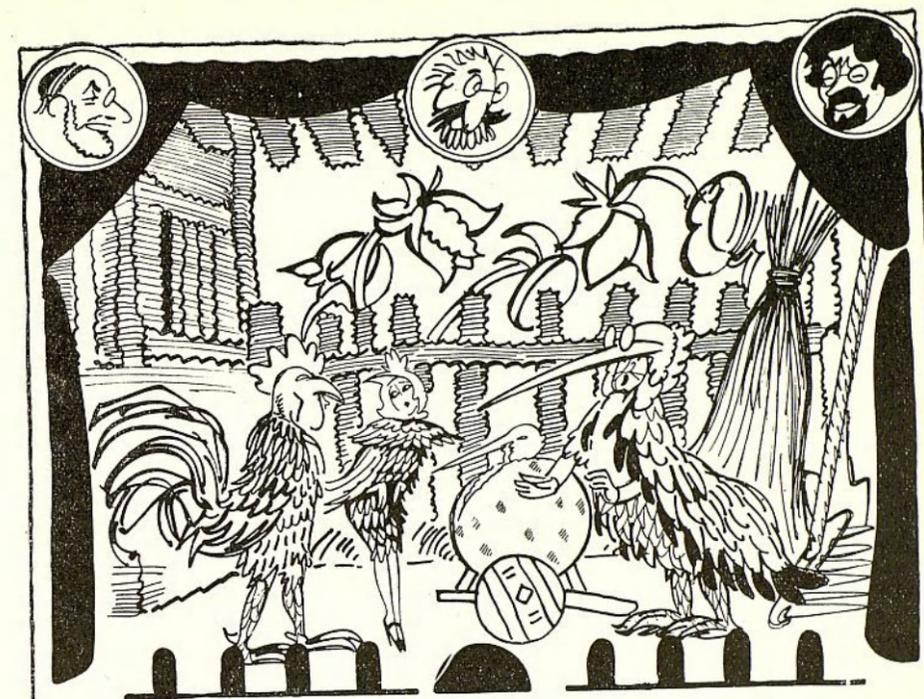
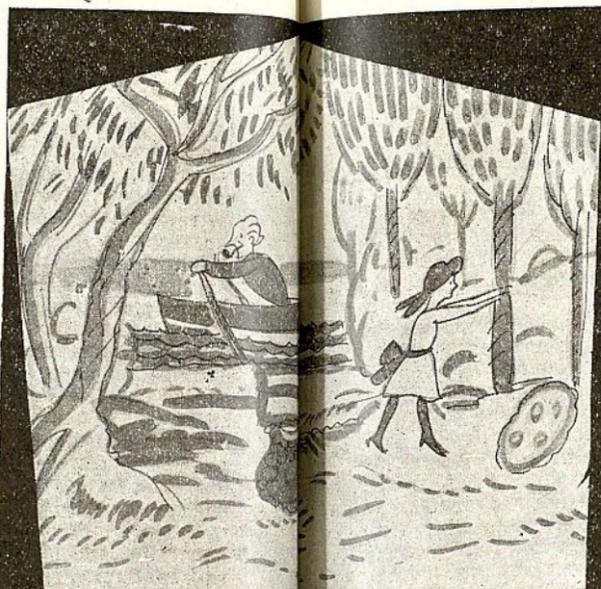
ESLAVA. — "LA FADISTA ENAMORADA", de Torres del Alamo y Asenjo, música de Conrado del Campo.

La Zúfoli, de fadista
está que ¡¡¡nos asista!
Y pide amor a Collado,
que está, ¡el pobre!, muy delgado.

Entre un fado y otro fado,
el amor se han declarado.
Y da su autorización
el padre (Pérez de León).

LOS ÚLTIMOS ESTRENOS POR ROBLEDA Y LÓPEZ RUBIO

ESPAÑOL. — "MARI-LUZ", M. Barrie, traducción
de G. Sierra.



ESLAVA. — "LA GALLINA ROMÁNTICA", de Milo-Runsky, música de Schutt.

Aunque su marido tiene,
la romántica gallina
ama al cigüeño, que viene
desde la torre vecina.

De resultas, pone un huevo
de tamaño natural.
Aunque el asunto no es nuevo,
no nos parece muy mal.

BATERÍA

ESPAÑOL

Estamos en el vértigo.

Un actor ilustre — ya sabemos que nuestros actores ilustres son los que han tenido grandes éxitos hace muchos años — presenciaba el estreno de *Mari-Luz*. Como, por lo visto, no fuese la obra tan de su agrado como las de Linares Rivas, con las que el ilustre actor ha obtenido los éxitos antes citados, se revolvió en su butaca, como si el Sr. Barrie, autor de la obra, le ofendiera gravemente desde el escenario.

De pronto, en su indignación, soltó esta frase sensacional:

— ¡Estamos en el vértigo!

La frase debió sorprenderle a él mismo tanto, que la repitió varias veces, y la dijo siempre que alguno se acercaba a su butaca en los entreactos y le pedía su autorizada opinión.

— ¡Estamos en el vértigo!

Ignoramos qué entenderá por vértigo el ilustre actor, y lo que querrá decir con eso de estar en él; pero, sin duda, de esta frase no se desprende nada agradable para la pobre *Mari-Luz*, tan ingenua, tan emigrante y tan espectral. Parece ser que, a su juicio, el Teatro llegaba aquella noche a un verdadero desenredo. Acaso temía por la suerte futura del Teatro.

— ¡Estamos en el vértigo!

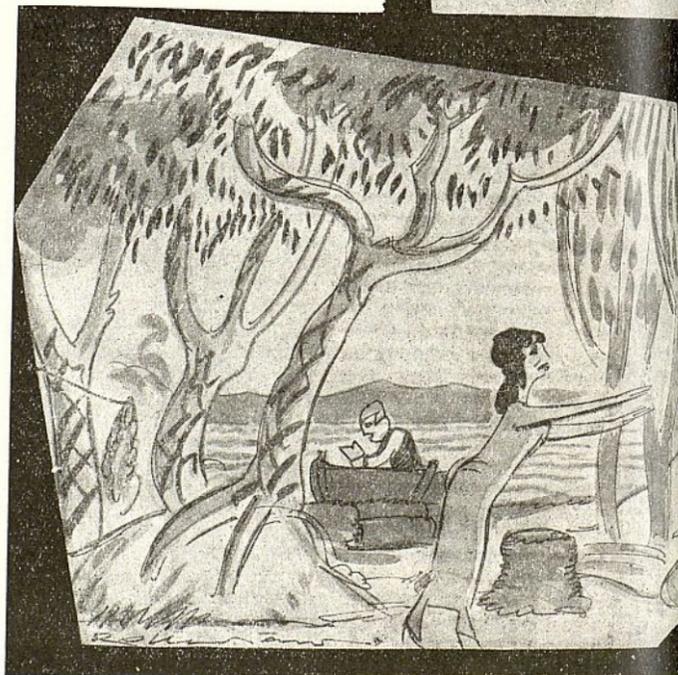
A esto llama el ilustre actor — tipo con que puede generalizarse a gran parte de los actores españoles — hacer un Teatro nuevo, absolutamente distinto al de su tiempo, sin marquesas que engañan a los marqueses ni cosas por el estilo. Nosotros, que hemos admirado profundamente al ilustre actor, lamentamos que sea éste su criterio, no por nosotros, sino por él, y podemos asegurarle, con la mano puesta sobre el corazón, y sin ofender a ningún actor, ni pensarlo siquiera, que en lo que va de temporada no hemos visto nada tan interesante como *Mari-Luz*, y que en lo que resta, y en lo que desde su *début* interprete el ilustre actor, desesperamos mucho de encontrar nada que pueda producir una emoción igual.

Es un poco rotundo, ¿no? Pero nosotros somos así: rotundos y un poco específicos.

ESLAVA

La Zúfoli, el vals y las alpargatas.

Para dar una graciosa sensación de relación, en el gallinero, lugar de la acción de *La gallina romántica*, que ha pintado Bürman, hay un par de alparga-



ACTO I

— Espérate, *Mari-Luz*:
voy a buscarte en seguida.
(Desaparece la niña,
y está treinta días perdida.)



ACTO III

Sin encontrar un cobijo,
vaga *Mari-Luz* errante;
está un rato con su hijo,
y se marcha tan campante.

tas de un tamaño enorme, del tipo de las que sirven de muestra en las tiendas que se dedican a esta especialidad. Ese par de alpargatas bastan, aunque hay además una escoba exagerada y un rastrillo fantástico, para que nos demos mayor cuenta de que los personajes son aves de corral, y que en el rincón de un corral hemos dado a tiempo de sorprender los galanteos que un cigüeño (Baena) enamorado hace a una gallinita encantadora (Eugenia Zúfoli), que engaña al gallo (Spaventa), quizás porque, aunque canta muy bien, está muy soso en el gallinero, porque es la primera vez que se sale de su género, y porque la cola monumental le tira demasiado.

Hemos citado el par de alpargatas en primer lugar, no porque olvidemos que Eugenia Zúfoli está cada día más admirable, ni porque la obra tenga un vals delicioso, de la más clásica factura alemana. No hay que negar la importancia de las alpargatas, que se están toda la obra en escena, y que hacen un gran papel escenográfico.

El verdadero fado.

Un amigo nuestro, más amigo mío que de éste, estuvo una vez en Lisboa. Cosa que, tal como están los cambios, es hoy bastante simple.

Allí, paseando cierto día por una *rua*, acompañado de unos lisboetas, se le vino a la memoria, de pronto, un fado muy conocido en España, de autor español.

Y empezó a tararearlo, sin darse cuenta de su imprudente proceder. Uno de sus amigos portugueses le preguntó cortésmente, y con el mayor deseo de ilustrarse, si aquello que tarareaba eran unas seguidillas andaluzas.

Nosotros sabemos que nuestro amigo tiene muy mal oído; pero reconocemos que este fado era una de sus especialidades, y que lo interpretaba con bastante afinación.

La pregunta del portugués le dejó perplejo. No supo qué contestar al primer momento. ¿Cómo decir a aquellos portugueses que lo que cantaba era un fado? Seguramente, le despreciarían, negándose a mostrarle la ciudad, como lo venían haciendo.

Tuvo que contestar, con el rubor en sus mejillas, con la más vergonzosa falsedad, diciendo que, efectivamente, eran unas seguidillas andaluzas muy populares.

La moraleja de este sucedido, de cuya veracidad respondemos, nos dice que todos los fados que nuestros músicos han colocado por los cuéplis y por las zarzuelas, tienen de fado lo que nosotros de generales de la Armada. La causa de que traigamos a pelo este hecho es por el éxito de *La fadista enamorada*, en que por vez primera se oye un fado portugués escrito por un español de la solvencia de Conrado del Campo. Se comparan estos fados con los otros, y resulta que hemos vivido durante muchos años más engañados que Honorio Maura.

GRAN VIDA



Dib. ELÍAS DÍAZ. — Madrid.

ELLA (ofendida). — Pero ¿es que dudas de mi cariño?

ÉL. — No, mujer; aun me queda algún dinero...

BUEN HUMOR

A TODOS LOS LECTORES
DE "BUEN HUMOR"

UNA PROPOSICIÓN TENTADORA

¡Pueden ustedes hacer una buena obra y tomar café más barato que nunca!...

Queridísimos lectores:

Estoy cansado de trabajar; así, en redondo, claro, corto y ceñido. ¡Ole!

Yo muchas veces he pensado en dejar la pluma y en dedicarme a otras ocupaciones; pero como da la funesta coincidencia de que no sirvo para maldita de Dios la cosa, he tenido que moderar mis impetus y seguir calentándome la mínima cabeza de que dispongo para poder comer..., y no digo comer y cenar, porque con la comida de a mediodía me conformo.

¡Pero esto no puede seguir así!

Veo que me voy haciendo más viejo que la levita de los días de fiesta de Weyler, y que no gano dos pesetas, ni ahorro ninguna. Las canas se agitan abundantes sobre mi aburrido cráneo; la inspiración no acude ni llamándola con reclamo, y veo gravemente comprometido el escaso porvenir que me queda, y estimo imposible dejar a mi hijo la herencia con que yo había soñado, y él (¡el pobrecito!) también.

Y he decidido cambiar de oficio.

Graves preocupaciones me han desvelado para dar con la nueva vocación. Yo no puedo hacerme actor de verso, porque no tengo presencia; ni viajante de perfumería, porque no tengo esencia; ni mozo de cuerda, porque no tengo potencia. ¡Soy inútil para esos tres ramos por esencia, presencia y potencial... Yo no puedo hacerme médico, porque la carrera es larga y me coge cansado; y no puedo hacerme cura, porque no estoy herido, gracias a Dios.

Sé que en el circo Americano hace falta un tozudo de la hilaridad; pero yo no sé dar volteretas más que en presencia de mi casero, y a fines de mes. Sé que Maura necesita un amanuense para dictarle sus cosas; pero no tengo valor para volverme loco por cinco pesetas diarias. Podía hacerme profesor de pianola, que es un oficio nuevo y que se paga bien; pero soy algo reumático, y me cansaría en seguida, aparte de que para trabajar con los pies, seguiría escribiendo, y santas pascuas. Y no he dejado de pensar en que también se puede uno ganar la vida acompañando a niños pequeños; pero yo tengo una desgracia: que me gusta más acompañar a niñas mayores...

BUEN HUMOR

Y descartados todos estos nobles aspectos de la actividad, he llegado a una conclusión: yo no puedo ser más que dueño de un tupi-bar; pero para eso necesito la ayuda de todos los generosísimos lectores de BUEN HUMOR, y de aquí que me haya lanzado a escribir estas eortas líneas, con el fin de interesarles a ustedes en el negocio.

Se me acaba de ofrecer, en traspaso, un magnífico establecimiento, por el que me piden cincuenta mil pesetas, que yo voy a dar en seguida...

En seguida que las tenga, que va a ser en seguida... ¡Y va a ser en seguida, porque ustedes me van a ayudar, cosa que no he dudado un momento, pues si lo dudase, no me atrevería a decirles lo que les voy a decir!

BUEN HUMOR tiene en la actualidad cincuenta y cinco mil lectores, los cuales (no necesito que me lo juren) estarán deseando perderme de vista. La ocasión se les presenta completamente calva, y tontos serían si no la aprovechasen.

Enviándome cada lector una inmundada peseta (¡y gracias anticipadas!), diez cochinos perros gordos, cuatro indecorosos reales, está clarísimo que yo conseguiría reunir once mil duros. Voy a suponer que cinco mil lectores se hagan los dementes, o que digan que Dios me ampare, que no creo que lo digan; pero, aun así, puedo contar (y desde ahora cuento..., y cuento y no acabo) con cincuenta mil pesetas completamente limpias. Una vez en mi poder esa cantidad, el negocio está hecho, y un servidor se ha convertido, de golpe y costalada, en un cafetero de Madrid, en un pingüe dueño de bar, en un émulo de Asprón, en un ciudadano a quien le sonríe homéricamente la felicidad.

¡Por una peseta, señores, que a ninguno de ustedes le hace falta para nada, habrán redimido de la esclavitud a un filósofo considerable, a un sujeto honradísimo, que les estará eternamente agradecido, y que bendecirá sus nombres todos los días...; y no crean ustedes que es tarea floja la de bendecir a diario los nombres y apellidos de cincuenta mil personas diferentes, porque sólo a esta tarea le tendría que consagrar lo menos cuatro horas, que me las quitaría de sueño, pueden ustedes estar seguros!

Y además, ¿ustedes creen que a esa peseta no le iban a sacar utilidad ninguna?... ¡Error craso, duda ofensiva, ligereza imperdonable... Esa peseta que ustedes me van a dar volverá a ustedes en forma de cuatro cafés consecutivos, que ustedes podrán ingerir en *mi* bar con sólo la presentación del recibo que yo extenderé individualmente a cada generoso donante.

Creo que, por tanto, el negocio así planteado no puede dar lugar a objeciones ni a dificultades por parte de ustedes.

Mediten que, además de hacerme un

favor inolvidable, pueden tomar un magnífico café por un real, precio que hoy no hace ningún tupi madrileño que se estime en algo; y no dejen de pensar en que, por ese risible desembolso, les concedo el derecho a que puedan decir muy alto, y a quien quieran, y donde quieran: ¡Yo presté dinero a este hombre para tomar el café!, mientras que yo me callaré que ustedes me lo prestaron para tomar los cuatro cafés...

De modo, y en conclusión, que desde ahora espero los envíos de ustedes, que

creo que no se harán esperar mucho, porque es que me urge ultimar este asunto; y en cuanto tenga en mi poder las cincuenta mil *del ala*, dejo la pluma para siempre, con lo cual tendrán ustedes dos satisfacciones enormes.

La de haberme salvado de una ruina.

Y la de haberse ustedes librado de un latoso sempiterno, que no les dejaba leer en paz el BUEN HUMOR...

ERNESTO POLO



Dib. CASTRO SORIANO. — Tauste (Zaragoza).

— Le advierto a usted que soy de dos mil pesetas.

— ¡Ah! ¿Si? Pues parece usted de cero sesenta y cinco...

LAS TRIBULACIONES DE PAMPLIEGA



ON una persistencia desesperante, siempre le sucedía lo mismo, y ya Leoncio Pampliega comenzó a sospechar que los elementos atmosféricos habíanse propuesto burlarse de él, pues de otro modo no hallaba explicación lógica a lo que le venía sucediendo desde algún tiempo atrás.

Pampliega, tolerante, aun pasaría por las desventajas del paraguas, si este utensilio, al cabo, le valiera para algo... Claro es que su paraguas, como todos, al llevarle abierto, tropezaba con los de los demás transeúntes, o se le enganchara, como si pretendiera abandonarle, en los toldos de lona de los comercios o en los esmaltados carteles anunciadores que sobresalen en las aceras. Gracias a él, exponíase también a dejar tuerto con el varillaje a cualquier pacífico ciudadano.

— Además — se preguntaba —, ¿es que el paraguas nos resguarda efectivamente de la lluvia? ¿No será, como le ha definido no sé quién, «un aparato que sirve para mojarse con toda elegancia?»

Al cerrarle, resaltaba aún más su inutilidad; Pampliega no sabía qué hacer de él; se cansaba de llevarle en la mano o bajo el brazo, y sentía tentaciones de pisotearle y dejarle abandonado en medio de la calle.

Pues bien: a pesar de todos estos inconvenientes, Leoncio, como ya decimos, se resignaría a usar el paraguas si no le ocurriera aquel hecho infame...

Bastaba, en efecto, con que se lanzase a la calle, portador al brazo de su flamante paraguas, para que, como obedientes a un conjuro, se alejaran rápidas las nubes, cesando, por tanto, la lluvia, y apareciese en sustitución, jocosamente, soleado y radiante, el propio astro Sol.

En cambio, como se arriesgara a abandonar su morada sin llevar el artefacto susodicho, pronosticaba asimismo lo que le iba a pasar: comenzaría segui-

damente a llover, y veríase obligado a regresar al hogar con el traje y el cuerpo mojados.

Había llegado a oídos de Leoncio la noticia de que existen en el mundo desgraciados seres a quienes les sucede cosa análoga; empero, se resistía a creer el que a alguien pudiera acaecerle con la irrefutable precisión que a él... ¡Imposible! ¡Sencillamente imposible!

Para que no se atribuya a exageración lo expuesto, vamos a transcribir del carnet del propio Pampliega algunas anotaciones:

«Día 3. — Me ausenté ayer de Madrid, y he llegado hoy a Sevilla. Olvidé mi paraguas en la corte. Ha comenzado a llover torrencialmente. Crecida del río Guadalquivir.»

«Día 4. — Compró un paraguas. Deja de llover.»

«Día 5. — Llevo mi paraguas al brazo. No llueve.»

«Día 6. — Llevo mi paraguas al brazo. No llueve.»

«Día 7. — No llevo mi paraguas al brazo... Cae el diluvio, y me pongo hecho una sopa. Se desborda el Guadalquivir, inundándose el barrio de Triana, y fallecen ahogados dos sevillanos.»

Ahora, para que se vea el efecto contrario, copiamos lo siguiente:

«Día 15. — Por tener que resolver un asunto particular, me he visto obligado a trasladarme a Santiago de Compostela, lugar donde, según tengo entendido, llueve copiosamente. Al apearme del autodiligencia, chispeaba, en efecto, y abrí mi paraguas. Cesó rápidamente la lluvia.»

«Día 23. — Hace ocho días que llegué, y ninguno de ellos ha llovido.»

«Día 26. — Empieza a notarse escasez de agua en la población.»

«Día 27. — Salgo, como siempre, con mi paraguas al brazo... Se han secado cuatro fuentes públicas.»

«Día 29. — Se carece de agua en la ciudad.»

«Día 30. — Abandono, en vista del buen tiempo, el aborrecible paraguas... Se encapota el cielo... ¡y llueve como no he visto llover! Anérganse diversas

calles, y perecen ahogados ocho bueyes y diez y seis gallegos.»

Y esto le sucedía, lo mismo en Madrid, en Barcelona o en Ciudad Real. Le parecía a Pampliega que su paraguas era un maléfico talismán que tenía la aborrecible virtud de — siempre en contra de él — alejar y atraer a las nubes.

No es extraño, pues, que Leoncio se mostrara desesperado y poseído por terrible enojo, ya que él, hombre sedentario, tan sólo deseaba disfrutar, dentro de su modestia, de una vida apacible y tranquila.

Pampliega, exasperado, iracundo, abominaba de aquella situación, que le sumía en amargas tribulaciones...



¿Cómo fué la revelación? Lo ignoramos. Únicamente podemos señalar el hecho de que Leoncio se ha enriquecido, hallándose en la actualidad próximo a disfrutar la privilegiada posición de millonario.

Realiza grandes viajes a través de España, y unas veces se encuentra en los viñedos de la Mancha, otras en los llanos campos de Castilla la Vieja, y siempre le hallaréis, bien en un lugar donde empiecen a notarse síntomas de sequía, o bien, por el contrario, en un sitio donde llueva excesivamente.

Porque Pampliega, práctico y sabio, ha puesto a disposición de los agricultores el poder talismánico e infalible de su paraguas, cobrando sus servicios según correspondiente tarifa, la cual, por si a algún labrador interesa, transcribimos a continuación:

Un chaparrón modesto.	200 pesetas.
Grandes lluvias	500 —
Por ahuyentar nubes.	1.000 —

Se evitan granizadas a precios módicos. Los pagos, anticipados. Gastos de viaje, por cuenta del cliente.

Así, Pampliega explota ahora metódica y hábilmente todo aquello que antaño tanto aborreció...

Luis ESTEBAN



Agua RADIUM

TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
— matices permanentes —

Cortés, Hermanos. — Barcelona



Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

— ¡Por Dios, doctor! ¿Le va usted a cortar algo?
— Sí, señores. ¡Le voy a cortar la fiebre!

LA RUINA DE SÁNCHEZ

(C U E N T O)

Se detuvo ante la casita la pequeña caravana. Formaba ésta el matrimonio Sánchez; su hijo Ramón, respetable personaje de dos años; Gertrudis, la antigua sirviente; Matías, peatón de Correos, que oficiaba de espolique, y cinco pacientes pollinos, tres de los cuales servían de cabalgadura a los forasteros, y los otros dos transportaban un equipaje que, queriendo ser reducido, contenía un poco de todo lo necesario.

Al echar pie a tierra, los viajeros contemplaron con admiración el espléndido panorama que la sierra les ofrecía.

Sánchez, sin conocer lo realizado por Humboldt, estuvo a punto de arrodillarse ante el maravilloso paisaje y exclamar: «No somos nadie.» Pero se contuvo. El auditorio — su mujer incluso — no hubiera comprendido tales manifestaciones. Se conformó con decir: «¡Qué hermoso es esto!», frase que su esposa subrayó con un elogio máximo: «¡Parece un nacimiento!»

Y cortaron el deleitoso contemplar para ocuparse de su instalación en la casita, ayudados de Matías. Al despedir a aquél, observó la señora que la puerta carecía de llave y cerrojo, y expresó sus temores.

— Ca, no pase usted cuidado; aquí no se ha conocido un robo. Asesinatos, sí; en estas tierras se mata por cualquier cosa; pero robar, no. Le digo que no hay que preocuparse. Vaya, hasta mañana, que vendré con la fresca.

✻

Sólo cuando sintieron unos tremendos golpes en la puerta, comprendieron lo que en lenguaje de Matías significaba «venir con la fresca».

Sánchez encendió un fósforo, y miró al reloj. Las cinco de la mañana. ¡Aquello era horrible! Se habían acostado tardísimo, arreglando el equipaje; no pudieron descansar bien en los colchones tendidos en el duro suelo, y aquel bárbaro, sin necesidad alguna, venía a despertarles casi en el primer sueño.

— ¡Vaya unas horas de estar durmiendo, y cómo se conoce que son ustedes de los Madriles!

Sánchez le recomendó silencio, y se alejaron a una veintena de metros de la casa.

— Sentémonos aquí, y fumaremos un cigarro, amigo Matías — dijo Sánchez, ofreciéndole un cigarro y ocultando con una sonrisa las molestias que al sentarse le causaba el recuerdo, en forma de agujetas, dejado por las proezas hípicas de la tarde anterior.

Un silencio. El forastero examina con atención el paisaje, envuelto todavía en las tintas pálidas del amanecer.

— ¿Qué casa es aquélla, que no vi ayer?

Y Sánchez señaló una edificación con honores de chalet que se alzaba a medio kilómetro de donde se encontraban.

— Es de las de Quesada. Dos solteras muy ricas, gente principal de Madrid.

— ¿Y habitan la casa?

— Ya lo creo. Por na dejarían de venir un verano. Ya las conocerá, porque cuando supieron que venían ustedes y eran amigos de don Ricardo, el inge-

nierno, dijo doña Chon, que es la mayor, a doña Solita, que es la más pequeña: «Tenemos que visitarles.» Bueno; yo me voy al mixto de las ocho. Conque, hasta luego.

— Adiós.

✻

Era terrible empresa obligar a que Ramoncito abandonase la casa de las de Quesada cada vez — y ello ocurría casi todos los días — que iba de visita con sus padres.

Mucho influían, seguramente, el reloj de cuco y las cajitas recubiertas de estriadas conchitas, o de diminutos e irisados caracoles, que adornaban en abundancia mesas, consolas y chimeneas, en aquel desmedido cariño a la casa de las solteras; pero lo que verdaderamente le enajenaba de gozo y le llevaba a tan indignos extremos, como rabiarse y patalearse, llegada la hora de marcharse, era Totó, la perra de las de Quesada.

La perrita, cenicienta, greñuda y fea, era, no sólo el mayor ornato de la casa, sino también el ser más importante de ella. Todos estaban supeditados al animalito. Si éste se estremecía, Chon corría agitada y furiosa a investigar la procedencia de aquel aire irreverente; y, descubierta, ¡pobres de los criados que hubiesen incurrido en tal descuido! En tanto, Solita, más apacible, se ocupaba en abrigar a Totó y dedicarle sus más tiernos cuidados.

La perrita comía a la mesa encaramada en una silla alta, como la usada por los niños, prendido al cuello un coquetón babero. Si, no obstante el celo puesto en la elección de alimento, sucedía que Totó se atragantase, el hecho tomaba contornos de hecatombe. La suave Solita se tapaba los ojos con la servilleta, en tanto que Chon — el espíritu fuerte de la casa — se levantaba convulsa y acudía en socorro de Totó. La comida podía darse por terminada, pues las dos hermanas declaraban quedar en tal situación, que no les era posible atravesar bocado.

A la monería de su papel de comensal, unía otras



Dib. RADALÉN. — Madrid.

— ¿Sabes que vengo notando que Luis me hace el amor?

— ¿Ahora te desayunas?...

no menos encantadoras, que hacían que Ramoncito sintiese por ella un apasionamiento casi semejante al de las afortunadas dueñas de perra tan extraordinaria.

Al comenzar la amistad entre los Sánchez y las Quesada, éstas acogieron a Ramoncito con ese recelo que las solteronas de edad madura experimentan hacia los niños. Veían en él, tan sólo, un peligro para el orden exagerado y la pulcritud extrema de la casa. Los suelos, encerados y resplandecientes, ¿no estaban expuestos por parte del pequeño a algún desacato que amortiguara su brillo? Muebles, jarrones, vitrinas, espejos, ¿no podrían sufrir serios deterioros con la afición del niño a esgrimir el bastón de su papá?

Pero cuando vieron que la afectuosa inclinación del niño hacia la perrita era ampliamente correspondida, Ramoncito logró el cariño de las solteronas, y se aseguró la más absoluta impunidad para sus probables fechorías.



En Madrid, la amistad entre las dos familias se hizo más íntima, por la circunstancia de haber sido designado Sánchez administrador de los bienes de las de Quesada. Las visitas, por la distancia que separaba las respectivas casas y los quehaceres del matrimonio Sánchez, disminuyeron bastante.

Las de Quesada, no queriendo privar a Totó del placer de retozar con Ramoncito, fijaron la costumbre de que un día por semana la perrita pasara la tarde con el niño.

Empezaron las visitas del animalito. Sus amas le dejaban en casa de Sánchez. Se despedían con ternura, haciendo mil recomendaciones: que no dejaran la puerta abierta; que no la consintieran asomarse al balcón, y otras por el estilo.

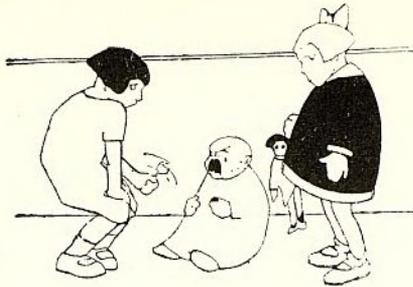
Por la noche, Sánchez — único en quien se atrevían a confiar —, llevándola en sus brazos, la devolvía a sus dueñas.

Pero... Una tarde... La pluma vacila, sabiéndose desmedrada e insuficiente para evocar la catástrofe. Una de las tardes de visita llegó el carbonero a casa de Sánchez. La puerta quedó entornada. Ver Totó la escalera y lanzarse por ella con una velocidad insospechada en su extraordinaria gordura, fué de menos duración todavía que la del último Ministerio.

¿Qué atávicos instintos aventureros, qué comezón de presentidos galanteos, qué diabólico pensamiento la llevaron a tan incalificable resolución?

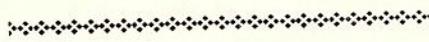
Se fué, se fué, hundiéndose en la desesperación a dos familias, demostrando una ingratitud verdaderamente humana.

Sánchez no se atrevió a presentarse a las de Quesada. Escribió una carta, que dudó si debería llevar orla de luto, comunicando el fatal suceso.



Dib. Egúía. — Madrid.

— ¿Qué le pasa a tu hermanito, que llora tanto?
— Que le he dado cinco céntimos, y ahora no hay quien le quite la perra.

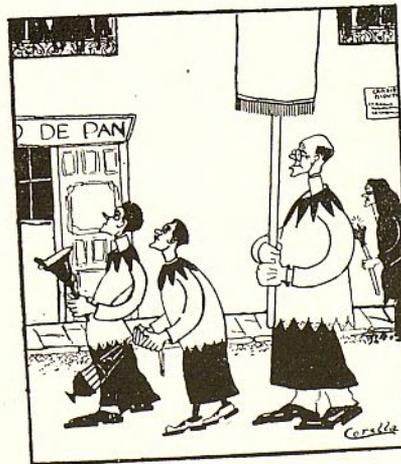


¿Qué diez días desde aquel en que Totó desapareció arteramente! Diez días de continua angustia, mal atendidos por la asistenta reemplazante de Gertrudis, despedida por culpabilidad indirecta en la fuga de la perra. Diez días de gastar locamente, anunciando en los periódicos más importantes la desaparición del animalito y una espléndida gratificación a quien lo devolviera.

La doncella de las de Quesada se presentaba a diario para informarse del resultado de las investigaciones. Por ella supieron los Sánchez, consternados, que Solita guardaba cama a consecuencia del disgusto, y que Chon estaba dispuesta a llevar el asunto adonde fuera necesario.

A media tarde del día que hacía el once, un sujeto malencarado se presentaba ante Sánchez.

— Yo tengo la perra; pero es... el caso... que... un señor, encaprichado con el animalito, me ofrece cuarenta



Dib. CORELLA. — Madrid.

— Cuánto me mira aquella chica, ¿verdad?
— Es que la habrás hecho tilin...

duros — dijo aquel individuo, de una ética más elástica que una camiseta.

Sánchez, comprensivo, prometió dar cuarenta y cinco duros, y a los pocos momentos — los necesarios para bajar al portal y volver a subir —, la perra estaba en brazos de Sánchez, levemente deteriorada: le habían cortado la cola. Y aunque Sánchez no estaba para reparar en pelillos, no dejó de dar cierta importancia a aquella mutilación, y decidió retener a Totó algunos días, a fin de ver si se operaba un pronto crecimiento del apéndice capilar, aunque fuera provocándolo artificialmente. ¡Todo inútil!

En vista de ello, Totó fué reintegrada en su estado actual al domicilio de las de Quesada, sin que éstas se dignaran acusar recibo de la perra.

A los pocos días enviaron una carta, plena de indignación, no por la falta de rabo — aunque lo deploraba muy de veras —, sino por el cambio sufrido en el carácter del animal. Había olvidado las más elementales prácticas de aseo; era irascible; se comportaba groseramente en la mesa; y, por último — y esto era lo más grave —, perdida su afición al hogar, se escapaba a cada momento para reunirse con los más depravados individuos caninos, no sabían si movida de inconfesables deseos, o con fines comunistas. Terminaban retirando a Sánchez su amistad y la administración.

Sánchez, pasados los primeros momentos de desesperación al ver suprimido aquel ingreso tan necesario en la casa, tuvo la curiosidad de hacer cuentas. El balance, verdaderamente aterrador, lo formaban las partidas siguientes

	Pesetas.
Gastado en anuncios.	200
Propinas y coches en gestiones particulares.	50
Pagado a una Agencia privada de investigaciones.	50
A la asistenta, a razón de tres pesetas diarias, durante once días.	33
Alimentación especial de Totó.	20
Varios frascos de «Fertilidad», específico para el cabello, usado con el propósito de que el rabo adquiriera su antiguo esplendor.	25
Gratificación al que devolvió la perra.	225
TOTAL.	603

¡Seiscientos tres pesetas, que constituían una merma formidable en el sueldo de dos mil quinientas anuales que disfrutaba Sánchez!

La escapatoria y hallazgo de Totó, perra cenicienta, greñuda y fea, sobre hundirle económicamente, le había proporcionado una serie de terribles disgustos, la pérdida de una antigua y excelente sirvienta, el rompimiento con las de Quesada y el quedarse sin la administración de la fortuna de las mismas. Sánchez, no sin razón, se consideraba moral y materialmente arruinado.

Luis MANSO

ENTRE PARÉNTESIS
NO
HE ROBADO
NUNCA
NINGÚN CUENTO

En el reloj de mi conciencia ha sonado la hora de defenderme.

Si después de estampar esta frase no me dan el premio del Castillo de Chirel, es que, decididamente, la justicia va de abrigo caído en España.

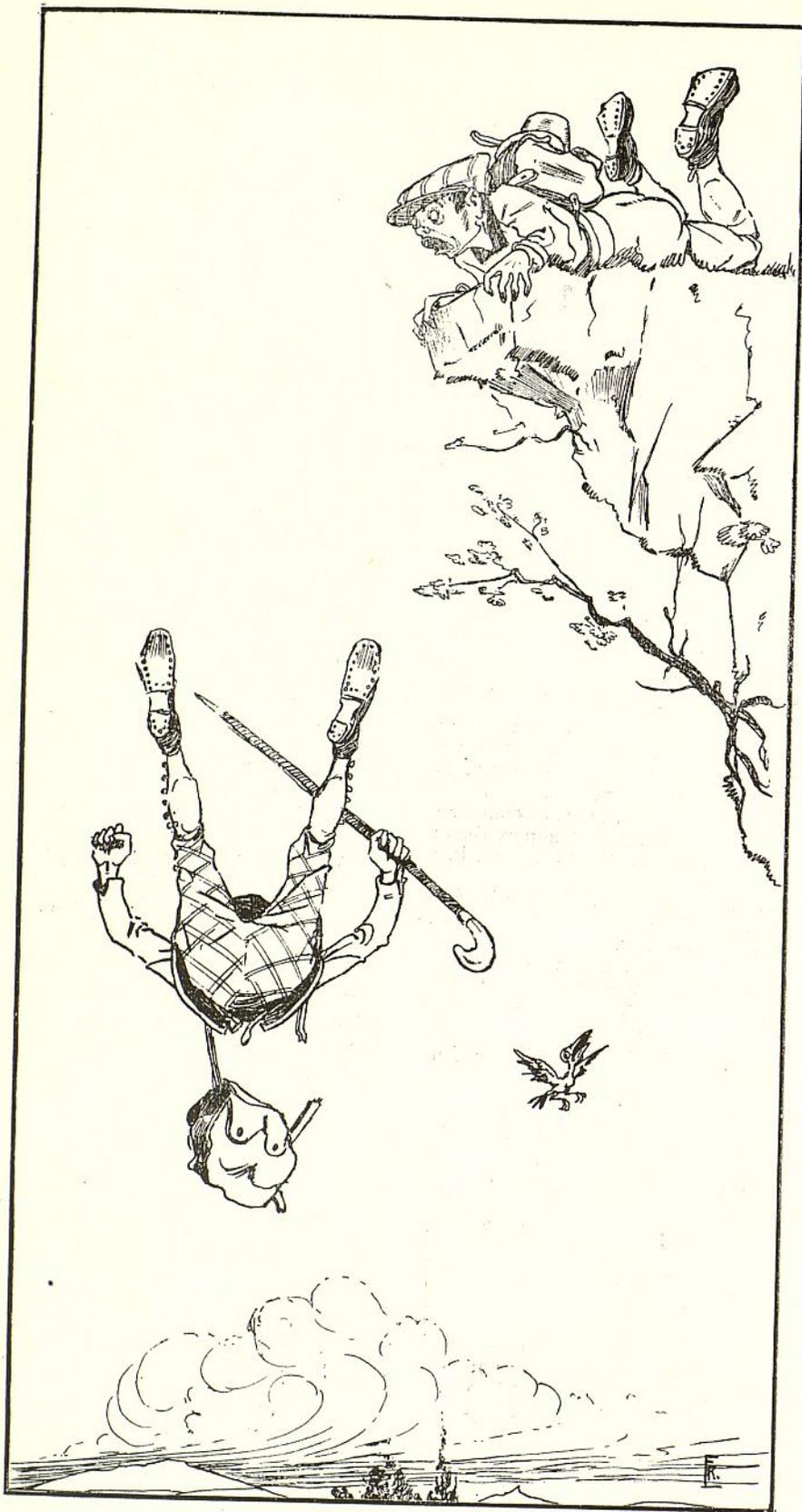
La defensa que voy a hacer de mi personita es más indispensable que un sorbete en los trópicos. Se me acusa de robo, y esto me reboza de indignación. Expondré el caso con una brevedad de pie de sevillana.

Pues, señor: a mediados del año ya fallecido de 1923, tuve la desgracia, nunca bien lamentada, de escribir un cuento. Lo hice con una tranquilidad de padre escolapio: cogí algunas cuartillas, tomé la pluma, me pellizqué ligeramente el entrecejo, excitando la imaginación medio infalible, y, ¡pum!, el cuento quedó escrito con gran satisfacción de mis facultades volitivas.

¡Nunca supuse que aquel cuento iba a producirme tantos dolores! Ya dijo Lafontaine que ningún camino de flores conduce a la gloria... (¡Arrea, Fermín!)

Terminado el trabajo, le puse el título, costumbre que tengo desde los primeros balbuceos de mi personalidad, y aquel título fué *Los fantasmas*. Era bien sencillo de argumento. Tres caballeros discutían en su club sobre cuestiones psíquicas, y uno de ellos, después de afirmar que tenía fotografías de fantasmas, prometía llevárselas a sus amigos al día siguiente. Poco después, un contertulio salía a la calle y enamoraba a una señora, subía a la casa de la interfecta, y, ya tarde, se veía obligado a huir ante la llegada del marido. Y, ¡claro!, resultaba que el marido era el socio de las fotografías, y que al día siguiente, en el club, mostraba a sus compinches una instantánea del amigo conquistador huyendo envuelto en una colcha. Cuando declaraba el otro que tenía cuatrocientas fotos de fantasmas, el don Juan de ocasión estaba a dos dedos de desmayarse.

Este era el cuento. Doblé las cuartillitas, las metí en un sobre y las envié a ese modelo de rotativos que se llama *La Voz*. Y a los dos o tres días se publicaba el cuento, *con mi firma al pie*, naturalmente, y no con la de otro compañero francés, sueco o ligeramente ruso.



— ¡A ver si te haces daño!...

Dib. Espoy. — Barcelona.

BUEN HUMOR

«De los meses pasó la cabalgata», que dijo el poeta, y algún tiempo después, juzgando que el cuento no valía para un certamen, pero que tampoco era una zanahoria, decidí publicarlo en estas columnas de BUEN HUMOR. ¡Perdón por el *refrito*, admirado *Sileno*, que no volverá a ocurrir! Y *Los fantasmas* se publicó en BUEN HUMOR, e hizo sonreír a tres lectores. ¡Vaya éxito!

Y volvieron a pasar otros meses. Cuando yo ni me acordaba siquiera del cuentecito, que ha traído más cola que una cometa, empecé a observar que los amigos me miraban con odio. Lo achaqué a una corbata color pianola que entonces gastaba, y no volví a ponerla; pero el odio seguía. Si afirmaba que nunca había robado ningún cuento a nadie, tosián ligeramente mis contertulios; si me maravillaba de que un currinche copiase ideas de otro para sus escritos, rápidamente se me respondía:

— ¡Hombre, hombre!... ¿Quién no ha hecho eso alguna vez?...

En una palabra: me sentía vivir sobre el cráter del Chimborazo.

Por fin, hace tres o cuatro días, un buen amigo se me ha acercado, y poniéndome una mano sobre el hombro, me ha dicho:

— No te extrañe que te hablen de esa forma. Procura no repetir el truco de *Los fantasmas*... Todo el mundo sabe que publicaste aquel cuento en BUEN HUMOR copiándolo de un *cuento extranjero* que salió hace tiempo en *La Voz*...

¡Jesucristo!

Allí estaba la horrenda verdad.

Para todos los seres que tienen el mal gusto de leerme, yo había robado a los hermanos Fischer el cuento titulado *Los fantasmas*...

¿Tengo o no razón para defenderme?

Sí, señores. Aquel cuento se publicó en *La Voz*, pero firmado por mí. Todo se reduce a que le he *dado dos golpes*, a que le he entregado dos veces a las linotipias, a que he fabricado un *refrito*.

¿Está claro?

No quiero pasar por ladrón. Antes que eso, prefiero desenmascaramme ante el director de BUEN HUMOR.

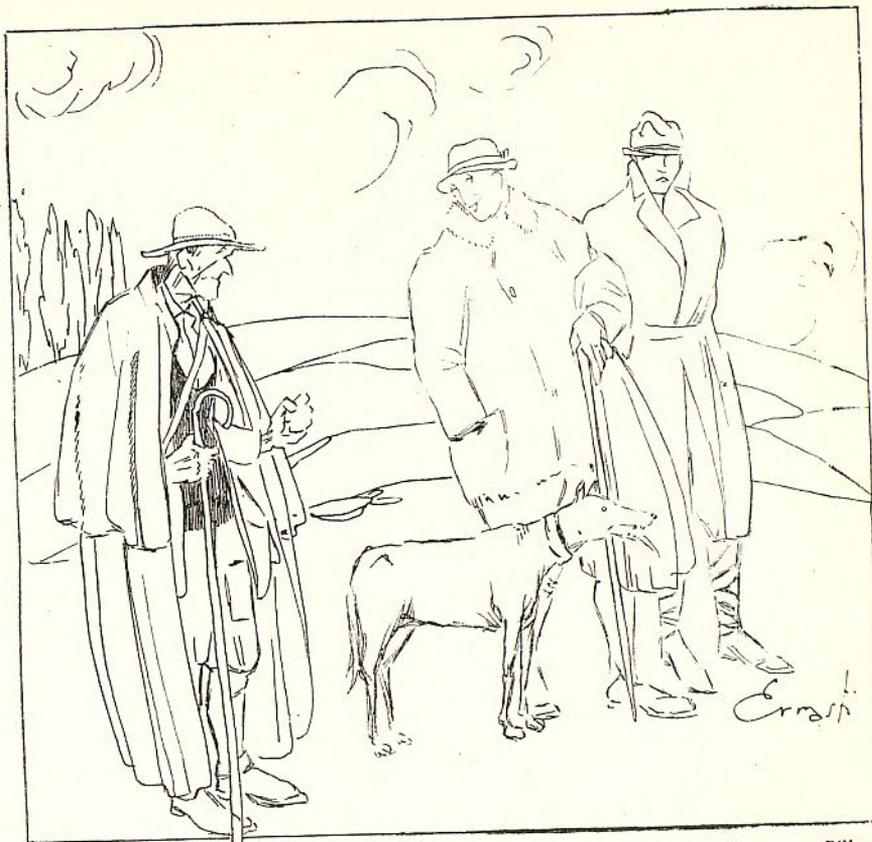
Y ahora, con la sonrisa del mártir, llorando lágrimas más amargas que un discurso en la Academia de la Historia, espero el fallo terrible del director de este semanario.

Si ese fallo se dicta, yo buscaré un lugar poético y campestre y me levantaré la tapa de la cacerola donde guardo las pocas ideas que se me ocurren.

Una star, una verde pradera, una carta al juez de guardia, ¡pum, pum!, una columnita de humo que se pierde en el espacio...

Y me habré ido a hacer compañía a Alfonso el Casto, a quien tengo muchas ganas de conocer.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. ARTETA. — Bilbao.

— Este perro no le vendo... Le debo dos veces la vida...

— ¿Contra los lobos, acaso?

— Quia, no, señor. Le tie mucha rabia ahí al señor médico, y no le deja entrar en casa.

DEL BUEN HUMOR AJENO

LLUVIA DE ESTRELLAS, por Clement Vantel

EL EMPRESARIO. — Creo que he hecho bien al poner un anuncio pidiendo una *estrella* para interpretar el *film El beso sangriento*... Ha llegado un montón de cartas.

(Toma una al azar, abre y lee:)

«Señor Publicityman: Tomo la pluma para decirle que he hoy dispu esta a aser de estrella. Tengo treinta y cuatro años, soy morena, alta y tengo los ojos negros. Há ba mi rretrato que ise haser en el Jardín Sológico. Dígame si me asesta. Su cerbidora, — *Josefa Pérez.*»

— ¡Pobre muchacha!... ¡Al cestol!

(Toma otra carta, escrita a máquina, y lee:)

«Señor: Una fuerza misteriosa me empuja a decirle que tengo el presentimiento de que yo soy la estrella que usted busca para representar *El beso sangriento*. ¡Qué felicidad poder dejar

la máquina de escribir, por la pantalla!... ¡Cómo se morirían de envidia mis compañeras!... Tengo veintitres años, soy rubia — sin oxigenar — y con ojos azules. Todo el mundo dice que soy elegante. Aviseme el día del primer ensayo. Su afectísima, — *Rosaura A. Typet*, dactilógrafa del Banco X y Compañía.»

— Es la quinta dactilógrafa que me escribe... ¿Qué relación habrá entre la mecanografía y el cinematógrafo?... ¡Al cestol!

(Tercera carta.)

«Señor: Es Dios, estoy segura, el que ha colocado bajo mis ojos el anuncio aparecido ayer en *Le Journal*. La futura estrella no puede ser otra más que yo. Tengo cuarenta y cuatro años; pero no represento más que treinta y nueve y medio. Soy muy ilustrada, y sé patinar, tirar al blanco, montar a caballo, nadar y remar. Como eso es lo único que se requiere para ser actualmente una perfecta estrella, espero que me aceptará usted. Acompañol mi fotografía. Debo

advertirle que he salido muy mal, y que no tengo ni la nariz torcida ni los ojos bizcos. Soy mucho mejor. Espera su afirmativa respuesta, su afectísima, — Ester Doryan.»

(El empresario se conmueve un poco ante tan candorosa ingenuidad; pero la carta lleva el mismo camino de las anteriores. Llamen a la puerta, y entra un chico, sofocado, sudando, llevando una canasta repleta de cartas de todos los colores y hechuras.)

EL EMPRESARIO (asustado). — ¿Más aún?...

EL CHICO. — ¡Ha venido un carro lleno!... Las están bajando... Esta es la cuarta parte. Además, hay cincuenta mujeres en la escalera, y otras tantas en el vestíbulo.

EL EMPRESARIO. — Dilas que se vayan.

EL CHICO. — No quieren irse.

(En este momento entran las futuras «estrellas» en el despacho.)

PRIMERA ASPIRANTE. — ¡Yo! ¡Yo!

SEGUNDA ASPIRANTE. — ¡No, no!... ¡Yo soy la más rubial!

TERCERA ASPIRANTE. — ¡Yo soy la más fotogénica!

(Las tres hablan a la vez, sin dejar que el empresario proteste.)

PRIMERA. — Yo he representado el papel de muda en *La voz del ahorcado*.

SEGUNDA. — Yo soy huérfana. Sirvo para los papeles de niña abandonada, como Perla White.

TERCERA. — Yo sé reírme de diez modos distintos.

EL EMPRESARIO (aturdido). — ¡Por favor, señoritas!

(Doce candidatas más se precipitan en el despacho, y juzgando que los hechos valen más que las palabras, empiezan a lucir sus habilidades. Una revela sus conocimientos de boxeo, dejando knock-out a varias rivales. Otra se cuelga de la lámpara y hace ejercicios acrobáticos. Otra, con aspecto de vampiresa, vuelca el tintero sobre el jarro del agua con gesto de envenenadora.)

EL EMPRESARIO. — ¡Socorrooool... ¡Socorrooool...!

EL CHICO (acudiendo asustado) — ¡Señor! ¡Señor!

EL EMPRESARIO. — ¿Qué pasa?

EL CHICO. — Están llenas todas las habitaciones. Y en la calle hay tanta gente, que parece una manifestación.

(El empresario abre una ventana y se oye el rumor de una muchedumbre.)

EL EMPRESARIO. — ¡Qué horror! (Gritando asomado a la ventana.) ¡Señoritas, me es imposible recibir las! ¡Escribanme!

VOCES AIRADAS. — ¡No!... ¡No!... ¡Que-

remos que nos vea!... ¡Yo soy rubial... ¡Yo soy la más linda!... ¡Yo tengo veinte años!... ¡Yo no quiero sueño!...

EL EMPRESARIO (desgañitándose). — ¡Si no necesito más que unal... Ya elegiré.

VOCES RUGIENTES. — ¡A mil!... ¡A mil!... ¡No, no; a mil!...

(Las candidatas que han conseguido entrar en el despacho empiezan a tirar a las de abajo todo lo que encuentran a mano.)

LAS CANDIDATAS «INTERIORES». — ¡Fuera!... ¡Fuera!... ¡Nosotras somos las elegidas!... ¡Fuera!...

VOCES DE LA MULTITUD. — ¡Al asalto! ¡Al asalto!

(Todas se precipitan por la escalera, e invaden la casa, entablándose una terrible lucha de «estrellas». El chico se mete debajo de un sofá.)

EL EMPRESARIO. — ¡Socorro! ¡Auxilio!

(Corre a esconderse en el cuarto de baño, perseguido por diez candidatas ultratenaces. Al cuarto de hora se oye el galope de muchos caballos. Es un escuadrón de guardias de a caballo, que viene a salvar la situación y a arrancar al empresario de las garras fotogénicas de las pretendientes al papel de heroínas de *El beso sangriento*.)

A. R. H.

¡MUJER!

BELLEZA, PLACERES,
ILUSIÓN...

SELLO YER

SALUD, ALEGRIA,
BIENESTAR...

Suprima usted los dolores nerviosos
y sera usted dichosa

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

Un castizo. Madrid.—¡Anda, éste! ¡Pero si eso no interesa ya a nadie, hombre! ¡Si conocemos el género de memoria!

M. R. N.—No vale nada. Uno de tantos.—Efectivamente... Uno de tantos que se meten a lo que no entienden. ¡Cosas de la vida!

J. L. Valencia.—El cuento que, un poco acertado en sus dimensiones, tiene gracia de asunto, adolece de un final absolutamente tonto. Ni eso es terminar una cosa con ingenio, ni nada. De «lo otro», nada. ¿No cree usted, con nosotros, lo mismo que arriba le decimos?

Manuel Díaz, en el destacamento de Ingenieros, en

Peñón de Vélez (máquina destiladora). Melilla, quiere una madrina de guerra, lo que a nosotros nos parece muy natural, aparte del regocijo que nos produce tener lectores en el Peñón de Vélez.

R. E. S.—No sirve. J. L. Madrid.—«Eva en el Real.» No merece ni que le saludemos a usted en la calle.

J. I. Bilbao.—Perdone que le hayamos confundido con un novel, siendo usted un autor tan conocido... Creíamos que se trataría de una suplantación de tan ilustre escritor, cuyas obras conocemos y admiramos. ¡Como hay por ahí cada «socio»!

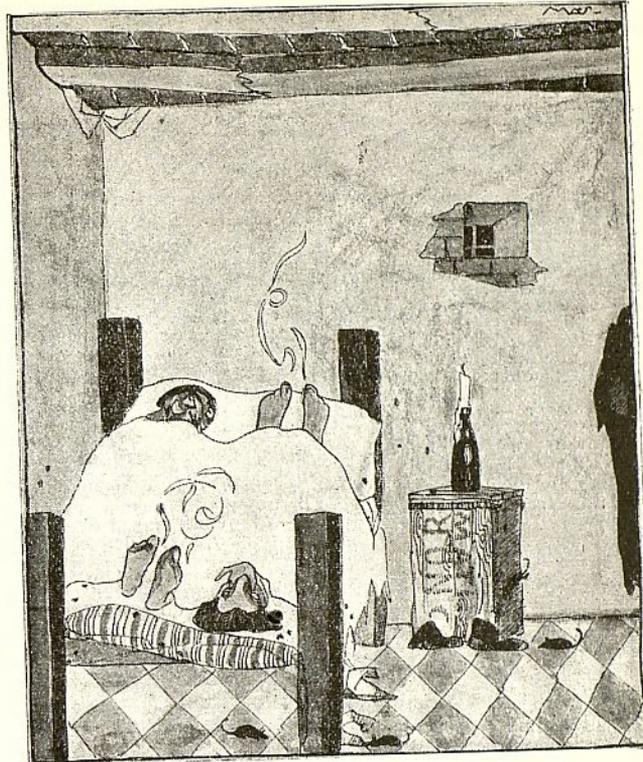
C. G. G. Madrid.—No sirve.

Por unos dientes bonitos Saturnino se desvive. Por lo cual sus novias usan Licor del Polo de Orive.

Inchmyd. Melilla.—Es muy poca cosa su dibujito.

J. Boria. Valencia.—Su dibujo ya entra francamente en el terreno de lo infame.

F. A. y V. Valencia.—Esto no sirve. Puede usted hacer otras cosas.



Dib. MAS.—Madrid.

— ¡La verdad es que somos brutos!... ¡Tantas noches como hemos dormido incomodándonos el uno al otro, y con lo sencilla que era la solución!...

¿Cuál es la máquina de escribir que está a la cabeza?

LA
CORONA

NUEVO MODELO

600 pesetas al contado.

También venta a plazos.

Agentes
en toda España.



Gastonorge, C. A. — Sevilla, 16. — MADRID

C. A. Madrid.—Muy ingeniosas sus «tildes»; pero demasiado «Ramón».

A. M. Bilbao.—¡Ay, conmovedor! ¡Qué sentido aquello que le dice la madre a la hija!

«... Ponte la mantilla, vete a la verbena, que no quiero verte yo triste en día de feria... Sube a la salica y abre el cofre grande, y escoge a tu capricho el vestío que quieras, que si la vecina de seda lo lleva, tú no has de ser menos, hijuca, mientras madre tengas...»

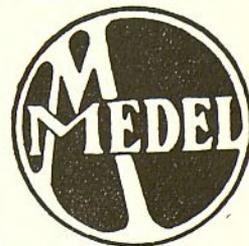
Así sigue durante largo rato, en el mismo tono de amor maternal y verbenero. Cuando se hacían, aunque hoy se hacen, pero en menos escala, versos ramplo-nes, hubiera sido éste de un éxito loco, y se lo hubieran aprendido de memoria varias aficionadas a la declamación. Hoy ya no pega, y es lástima. ¿Por qué se le ha ocurrido mandar una cosa tan honda a BUEN HUMOR?

M. A. Sevilla.—Muy poco nuevo.

R. Beneyto Sánchez. Madrid.—¿Usted se cree que hemos nacido ayer, o que hemos leído menos que D. Víctor Pradera? ¿O es que tiene usted idea de que hemos nacido completamente memos

los de esta Redacción, a la que puede mandar todo lo que quiera, menos literatura? ¿Supone usted que no conocemos el cuento de los Fischer, que se titula «Les Durand!»? ¡Ah! Entonces, que usted se alivie, y emplee sus conocimientos de la lengua de Landru en hacer de intérprete en cualquier hotel de categoría. A nosotros, fusilamientos, no. Diversionarse, afortunado y original cuentista.

A. S. H. Madrid.—Está bien; pero es un poco fuerte y un poco viejo de asunto. Envíenos otras cosas.



GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.» Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El profesor. — ¿En qué año nació Alfonso el Sabio?

El alumno. — ¡...!
El profesor. — ¡Pero, hombre! ¿No ha leído usted en el libro que dice: «Alfonso el Sabio», y entre paréntesis: «1221»?

El alumno. — ¡Ah..., sí, señor! Pero yo creí que sería el número de su teléfono.

A. Castañeda. — Madrid.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13



Dib. Augusto. — Madrid.

— ¿Pero se está usted limpiando los dientes con mi cepillo?

— ¡No se preocupe la señora! Yo no tengo aprensión.

— ¿En qué se parece una rueda de reloj a la Alhambra?

— En que está «en...-Grnadada».

Rafael G. de la Torre. Madrid.

— ¿Qué te ocurre, que estabas hablando con esos dos guardias?

— Pues que ando buscando un piso tercero.

— ¿Y eso qué tiene que ver para que hables con dos guardias?

— ¡Hombre!... ¿No sabes esa definición matemática que dice: dado dos «números», hallar un «tercero»?

Masto. — Madrid.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE VIUDA DE CELESTINO SOLANO Primera marca mundial. LOGROÑO

— ¿En qué se parece el abecedario a un guardia?

— En que el abecedario tiene D, y el guardia D-tiene.

Entre Bolillos. — Tetuán.

Una señora, después de un escándalo, es presentada ante el Juzgado, donde ya había estado anteriormente.

Juez. — ¿Qué edad tiene usted?

Señora. — Treinta años.

Juez. — Hace dos años dijo la misma edad.

Señora. — Sí, señor; porque yo no soy de esas que hoy dicen una cosa y mañana otra.

Olaizola. — Madrid.

En un examen de Geometría.

El catedrático. — ¿Sabe usted lo que es un círculo?

El alumno. — Sí; un sitio donde va papá a divertirse.

Lino Sánchez. — Madrid.

— ¿Cómo te retiras tan tarde, con el catarraza que usufructúas?

— No te preocupes, mujer, que ya no toso. ¡He comprado Jarabe Orivel!

Entre amigas.

Una. — ¡Qué muchacho más bien educado, qué atento, qué cumplidito!...

Otra. — ¡Sí! No te extrañe: le han «licenciado»... hace un mes.

Figueira. — Madrid.

Un guasón va a la taquilla de un teatro y dice:

— Déme un Directorio militar.

Taquillera. — ¡No le entiendo!

— Pues bien sencillo es: «nueve generales».

Pedro Vizcaíno. — Melilla.



— ¿Qué era Santo Tomás?

— Santo.

— ¿Y qué más?

— Matemático.

— No, señor.

— ¿Pues no escribió la «Suma»?

M. Conde. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Juan José, de Madrid.**

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

LA TÉCNICA

Carrera de San Jerónimo, 3, principal.

CLASES PRÁCTICAS

DE

Reforma de letra :: Cálculo :: Teneduría de libros :: Mecanografía :: Taquigrafía. Máquinas de calcular :: :: :: :: :: :: :: ::

Aquí se facilitan a los alumnos medios de ganar sin abandonar sus clases.

Carrera de San Jerónimo, 3, principal, y calle de Santiago, 6 y 8.

Representantes de la máquina de escribir MERCEDES

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc. manteniendo la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos*. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.*), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas, etc.* Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

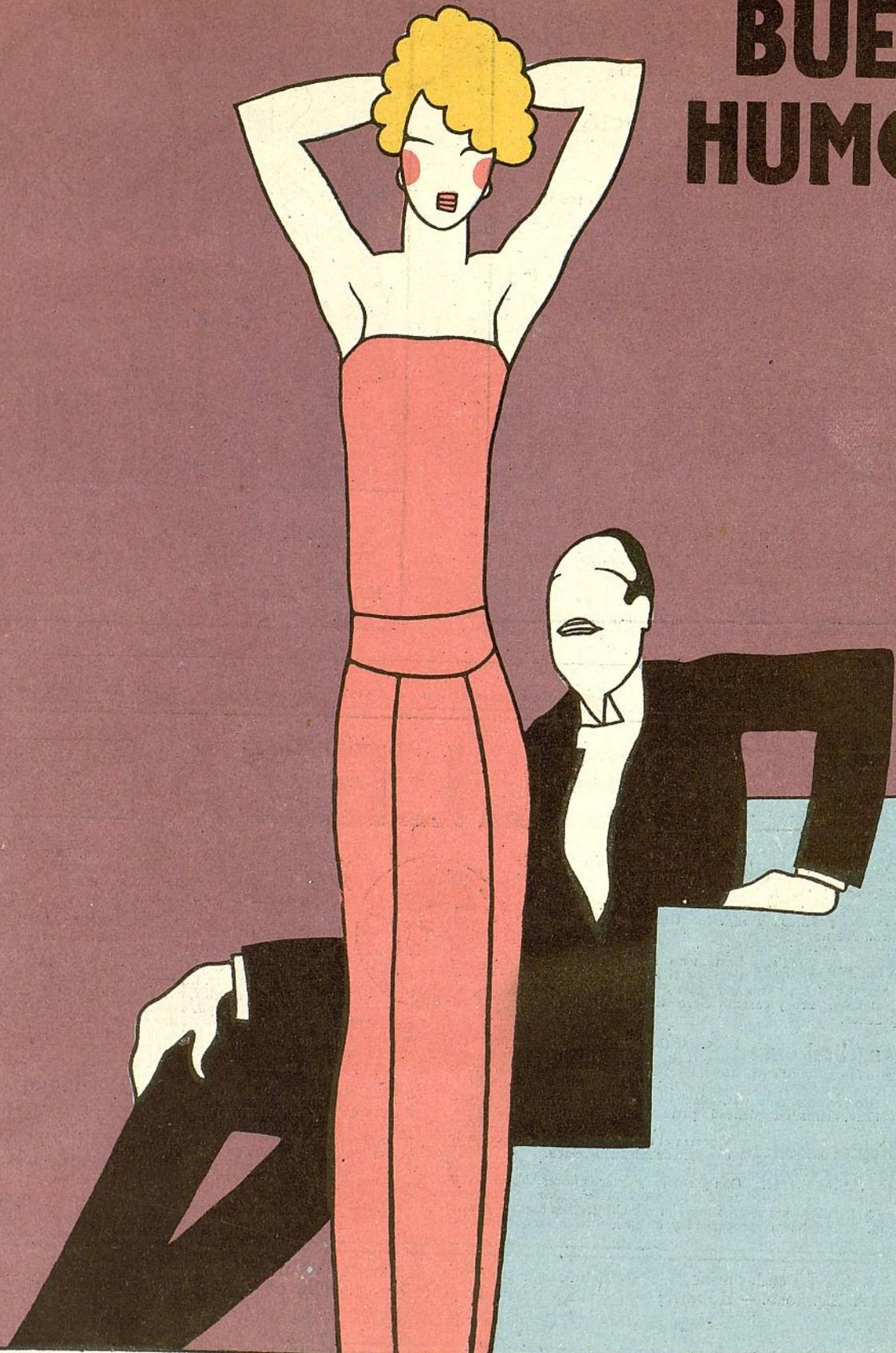
ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfinísima y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América. — Canarias: droguerías de A. Espinoso. — Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 132.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



BAI

—¿Te ha gustado el concierto?

—Sí; ha sido precioso. Han tocado una sinfonía muy bonita en tres partes: La primera, se titulaba: «En la montaña»; la segunda, «A la orilla del río», y la tercera, «En el bosque»...

—¡Pero eso no es una sinfonía! ¡Eso es un *pianorama!*

Dib. BAI.—Madrid